THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

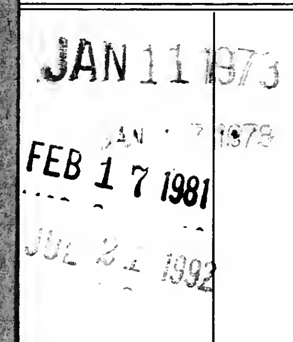
869.3
P17p

.UTH
AMERICAN
COLLECTION

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN



L161—O-1096

ALMAFUERTE

[Pedro M. Palacios]

16359
251
21 yu

POESIAS COMPLETAS

CON UN ESTUDIO CRÍTICO DE

ALBERTO LASPLACES



MONTEVIDEO
LA BOLSA DE LOS LIBROS
SARANDI, 441
1917

P17p

South Am. Coll.

POESIAS COMPLETAS

385354

DOS PALABRAS:

La obra de Almafuerte *es tan numerosa, como desperdigada está por diarios y revistas.*

Siempre que se pretendió recopilarla, lo obstaculizó el autor con razones de distinta índole; hasta que a su muerte, han surgido como por encanto numerosos comités que, con la intención de homenaje a la memoria del poeta, anuncian ediciones de sus obras sin que se haya publicado hasta la fecha otra cosa que deliberaciones y proyectos que nunca se realizan.

Hasta tanto no llegue a efectuarse esa edición completa, pongo en circulación este volúmen en que se han recopilado todas las poesías que ha sido dado hallar. De algunas notabilísimas, no se encontró original llamado a caer en el lamentable olvido de toda producción no publicada en libros.

Poner las obras del genial poeta al alcance de los humildes, para quienes fueron escritos sus más sentidos poemas, es el más práctico homenaje que puede hacerse a la memoria del llorado escritor.

Tal es la idea que ha inspirado la edición de este volúmen, engalanado con una hermosa semblanza del poeta, debida a la pluma del Señor Alberto Lasplaces, y puesto en venta al precio de costo, como adhesión al vibrante autor de «Apóstrofe».

El Editor.

ALMAFUERTE

El primer mérito que debe reconocerse a este gran poeta americano que acaba de desaparecer, es el de la intensa y brillante personalidad literaria que lo aísla como una cumbre hoscamente erguida entre la hojarasca de la producción general, marcada por el hondo y nivelador sello de la época. Por que si por su vida fué en toda ocasión un inadaptado al ambiente en donde vivió,—como lo hubiera sido en cualquiera otro por la modalidad especialísima de su idiosincracia intelectual, —también su obra ofrece el vértice agudo de esa misma inadaptación que enciende en todos sus escritos formidables llamaradas purificadoras, vastos incendios expiatorios. Una idealidad delirante y sin reposo dió un fervor apostólico a sus estrofas excelsas, encauzadas dentro de austeros ritmos, y sonoras como las trompas del pueblo electo que derrotaron en polvo las fuertes murallas de Jericó. Nadie sufrió como él en sus entrañas atormentadas, el espolazo profundo de las miserias humanas, y nadie tampoco sintió como él un Amor ferviente y casto por todos los claudicantes, los perseguidos por la justicia, los miserables de espíritu, glorificados por las bienaventuranzas mesiánicas. Lírico y fragoroso como un profeta bíblico ante la intuición suprema de un derrumbamiento, supo dar a su voz todas las inflexiones de la cólera, la hizo recorrer en toda su armoniosa vastedad, la rica gama del yambo y de la imprecación. No conoció un desmayo, ni concedió paz a su lira que manejó como una espada y con la cual libró, a semejanza del iluso caballero de la Mancha, fabulosos combates contra gigantes imaginarios y traicioneros follones.

Por la finalidad y la sustancia medular de su obra poética, y por la técnica primitiva y robusta de su verso, fué Almafuerte un romántico, es decir, un retrasado dentro de la lírica del momento histórico en que vivió. Por eso—además de por su mérito intrínseco de innegable esplendor,—hubo de destacarse bien pronto con propios relieves y hubo de imponerse por su audacia y su firmeza. La poética castellana evolucionó durante los últimos lustros del siglo XIX a impulso de los discípulos de los cenáculos de Lutecia, hacia la finura del sentimiento y la gracia y la suavidad de la expresión. Una verdadera ola de buen gusto sustituyó las elucubraciones detonantes del romanticismo, falso y exagerado casi siempre. Buscóse más que a la metáfora deslumbradora y al concepto genial, el matiz impreciso, el semitono agradable y oportuno, la aristocracia de la palabra selecta. A los pesados poemas de innumerables estrofas, sucedieron las pequeñas y jugosas composiciones en las cuales a la verbosidad elocuente y vacía, se opuso la penumbra del símbolo y el encanto misterioso de la insinuación. La poesía se hizo así menos salvaje y desordenada, más culta y más íntima. Almafuerte, encastillado dentro de la impenetrable coraza de su poderoso subgetivismo no sufrió ninguna influencia de esas corrientes literarias y fué siempre el mismo, inaccesible como San Antonio en el desierto a la ardiente seducción de la carne desnuda. Por temperamento y por voluntad, clausuró su alma, como un huerto cerrado, a todo aquello que no fuera el ansia que lo atormentaba, hasta el punto de triunfar en él, como en los dementes, la obsesión lacerante de la idea fija. Los bellos espectáculos de la Naturaleza no encontraron ante su ceguedad más que granítica indiferencia, más que humillante desdén. No pudo desprender ni un sólo instante el oro divino de la belleza pura, de la mística preocupación de una quimérica perfectibilidad humana que

lo hizo ascender por una escala alfombrada de rosas y espinas: rosas de alegre esperanza, rica en dulce miel; espinas de realidad, inagotables de acibar......

Almafuerte puede, pues clasificarse entre los poetas de combate, que han usado su estro, preferentemente, con un nobilísimo fin de mejoramiento humano. Su perfil indomable es el de un apóstol, el de un vidente Sus versos cantan por la magnífica cadencia que le imprimen el ritmo y la rima, pero las ideas que expresan son de piedad o de odio, según sean inspiradas por los dolores de los humildes o la soberbia insultante de los poderosos. Su concepto de la Humanidad es ingenuamente cristiano, sin matices. Divídela en dos grandes grupos definidos y extremos; uno de ellos digno de todos sus loores; el otro, blanco de todas sus diatribas: buenos y malos. Jehovah y Luzbel se esconden tras esa visión primitiva y simplista que llena las pupilas extáticas del gran cantor y que le arranca sus caricias más compasivas y sus más huracanadas indignaciones. Su musa es altiva y varonil siempre, estando mucho más a sus anchas en la blasfemia que en el suspiro. Así también fué su vida: de una sola pieza. Pudiendo haber sido halagado por todos los honores mundanos prefirió su aislamiento hostil y paupérrimo, desde el cual se le adivina como a una austera figura del mundo antiguo. Sus actividades las dividió entre la escuela y el arte: fué maestro y poeta, dos de las más positivas y brillantes tareas culturales que pueden dignificar una vida humana. En ambas se destacó bien netamente sobre la mediocridad con rasgos propios e inconfundibles con los cuales penetra hoy en la inmortalidad. Fué una verdadera cumbre por la orientación moralista de su obra, por su manera personal y deslumbradora y por su vida purísima, inmaculada de toda sospecha.

La técnica de los versos de Almafuerte tiene el mismo sabor de fruta silvestre que la idea que los desborda.

Huye, en ella, de los ritmos difíciles y complicados, impropios para la expresión de su pensamiento tumultuoso y fuerte: vaso de cristal de roca para contener ese licor impaciente, todo savia. Sus estrofas están talladas en cadencias viriles y enérgicas, en las cuales hay que señalar los acentos con inflexiones inacostumbradas, lo que les presta una armonía original y bárbara. Suenan así, declamatorias, interjectivas, y resultarían pedantes si no las salvara la estupenda orquestación que las anima, el soplo místico que las ennoblece. Muestra preferencia por las frases cortas, encerradas en un ritmo, y gusta hacer repeticiones que a veces afean el verso por lo innecesarias y violentas. Pero con esos elementos logra efectos auditivos verdaderamente insuperables y llega a seducir hasta a los menos amantes de sus polifonías estruendosas. Tanto lo son, que es imposible leer a Almafuerte en silencio y para sí: desde los primeros compases invita a alzar la voz como para que la fascinación penetre hasta el pensamiento por la doble senda de los ojos y de los oídos. Y así, hasta el grito, hasta el entusiasmo desbordante, hasta el ademán nervioso y teatral....

Almafuerte no hizo escuela. Dejó admiradores devotos e irreductibles, pero no quedan discípulos trás el maestro desaparecido. Tal fenómeno es lógico. La poética se ha encaminado hacia otras rutas y no ha sido suficiente el genio de este gran aeda para hacerla retroceder hasta las viejas fuentes, hoy secas. Su manera, como su visión de las cosas, son suyas exclusivamente y de nadie más. Las preocupaciones contemporáneas, que son las que gestan el arte de cada época, dan hoy a las liras otros motivos, que se escancían en otras formas. Hasta los que combaten por los mismos ideales que Almafuerte, le son totalmente distintos, no sólo en la técnica sinó también en los conceptos, en que son más sobrios, más concretos, menos vagos y artificiosos

menos exclusivos y más humanos. Esto no quiere decir que Almafuerte pasará como tantas otras famas superficiales que apasionaron un día. No. Su obra, su espíritu excepcional seguirá viviendo mucho tiempo aún. He ahí la única superoridad real a que podemos aspirar: a sobrevivirnos. El que no lo logra, es por que ha sido una cifra común igual a todas las otras. Almafuerte, seguirá siendo siempre el gran poeta de las más generosas reivindicaciones, una fuerza en acción y en marcha, un formidable clamor de la carne herida por los brutales zarpazos de la miseria, de la barbarie y de la ignorancia. El silencio no tenderá sobre su tumba augusta los pliegues oscuros y pesados de su túnica. Su verbo, resplandecerá eternamente, embriagando las bocas jóvenes, ávidamente sedientas de Justicia y de Amor....

Alberto Lasplaces.

Montevideo, Marzo de 1917.

CONFITEOR DEO

. . . .

4.—Solo el que siente en sí mismo una cosa, se explica sobre de ella con elocuencia y la entrega, tal como es, a la espectación de los demás.

5.—Nadie comprende, ni remotamente, aquello que no tiene en sus entrañas de algún modo.

6.—Se ha soñado un otro mundo y una otra vida. y se les ha poblado de todos los atributos humanos y de todas las relatividades terrestres. . . . ¡porque nada imagina el hombre que no sea la reproducción de sí propio!

7.—No hables sinó de lo que te pasa y enseñarás tanto como cien volúmenes.

8.—Escribe sobre tus cosas, que la Humanidad necesita saber toda la verdad de ellas, lo mismo que de las armonías estelares y del coloquio de las hormigas en su agujero.

9.—No hagas como las mujeres, que solo se confiesan de los pecados ajenos.

. . . .

(Evangélica IV)

I

Aquel Moisés enorme que dijo un día,
«Para que Adan impere vibró lo Eterno»,
Hizo la más profunda filosofía. . . . . .
¡Entre pecho y espalda nos puso un perno¡

Por eso yo no canto, como las aves,
Fanfarrias vocingleras a la Natura:
Las notas de mis versos son notas graves
Como las de los Salmos de la Escritura.

Para mí las palabras siempre son bellas
Y siempre de cualquiera se saca fruto:
La más vil, la más vana de todas ellas
Contiene la presencia de lo Absoluto.

Como las vibraciones de un necio ruido,
Ni Wagner ni Rossini me dicen nada;
Pero, si por acaso, gime un gemido....
¡Me traspasa las carnes como una espada!

Que las aguas relumbran como un espejo,
Que los cielos sonríen y se coloran....
¡Todos esos primores yo los motejo
Desde la cueva misma de los que lloran!

Yo miro el Universo pasar delante....
Como a pelusa tonta, sin que me asombre:
Soy profeta, soy alma, soy como el Dante...
¡Yo no siento más vida que la del Hombre!

II

Por eso voy perdiento todo mi jugo
Y al estómago ajeno voy por momentos,
Como el agua de todos, cual un mendrugo
Que cayese en el patio de los hambrientos.

Por eso los doctores, los eruditos,
En su grave dialecto difamatorio,
Le cuelgan a mi fama motes malditos,
La saturan de miasmas de sanatorio.

Por eso los impuros que hacen de puros
Debajo de sus luengas albas teatrales,
Me lapidan la frente con los más duros
Anatemas judíos de sus misales.

Por eso los que ordeñan mi Chusma amiga
Llamándola la virgen y la perfecta,
La dicen al oído que me maldiga....
¡Mientras pasan el plato de la colecta!

Por eso las mujeres....¡Pobres mujeres,
Las eternas sensuales y secundarias!....
Clavan en mi pureza sus alfileres,
Celosas de mis noches tan solitarias.

Por eso tengo arranques desesperados
Que me llenan de sombras y cicatrices....
¡Por eso me repudian los potentados
Y me besan las manos los infelices!

III

Yo sé que mil carcomas roen de a pocos
Las más equilibradas testas geniales:
Lleno está el manicomio de Nietzches locos
Y de Cristos bohemios los arrabales.

Yo sé que en la viacrucis larga, muy larga,
Que hacen los supercuerdos con su demencia
Se hunden a cada instante, bajo su carga,
Sobre las dos rodillas de su conciencia.

Yo sé que a los más nobles y los más vastos
Programas redentores y justicieros,
La Razón los aplasta, como a los pastos
Las discretas pezuñas de los carneros.

Yo sé que todas esas cosas amantes
De que viven enfermas las almas bellas,
De la línea del Hecho van tan distantes,
Como la más lejana de las estrellas.

Yo sé que los más viles siempre son dueños
De los planes más altos que el genio fragua:
Cualquiera miserable mata los sueños
Negando a los que sueñan la sal y el agua.

Yo sé que los heróicos, los inefables
Ceden, como los reyes, a las lisonjas....
¡Por su propia nobleza son permeables
Como las azucenas y las esponjas!

Yo sé que todo es viento, palabra vaga,
Soñaciones, delirio, simple belleza....
¡Que pasarán mil siglos antes que se haga
La sublime segunda naturaleza!

. . . .
. . . .
. . . .

Y yo sé que es inútil cualquier arrimo,
Que no me salvaría ninguna mano,
Que soy sobra inservible, como un racimo
Que ya no le quedase ni un solo grano.

IV

Pero, también, yo pienso que la Derrota
Merece sus laureles y arcos triunfales;
Cualquier dolor que sea siempre rebota
Sobre el alma futura de los mortales.

Escalar las alturas, ir. al abismo:
Dos momentos fugaces, dos breves pasos...
¡No es en la propia carne, no es en sí mismo
Que ha de sentirse el golpe de los fracasos!

El mártir, el gran Cristo, será la Idea,
No el esqueleto humano donde naufraga:
Cuando se rompe el brazo que alza una tea,
La luz es la que sufre, porque se apaga.

La Derrota o el Triunfo no son motivos
Que turben la conciencia del hombre bueno:
Solo marcan el paso los relativos
Llevando los compases del juicio ajeno.

A mí no me consternan mis amarguras,
A mí no me interesa mi propia vida:
Lloro mis admirables prédicas puras
Que pierden su prestigio con mi caída.

Yo soy el Indomado, soy un completo
Que se adora a sí mismo y en sí se absorbe:
Me basta mi profundo propio respeto
Bajo los salivazos de todo el Orbe.

No es una sutileza, ni un subterfugio,
Ni a la lengua del necio poner un coto:
Porque ya no son buenos para refugio
Siento que mis dos brazos se me hayan roto.

Gimo sobre la dulce, la blanca lumbre
Que se ha trocado en roja niebla macabra:
Me llena de tristeza la muchedumbre
Que olvidará el camino de mi palabra.

Y a la faz de los pocos que todavía
Tienen sobre mi gesto los ojos fijos,
Clamo, desde la cumbre de mi agonía:
¡Llorad sobre vosotros y vuestros hijos!

V

Por más que me comparo con todo el mundo
Yo no doy con el tipo que bien me cuadre:
Soy el llanto que rueda sobre lo inmundo...
¡Yo he nacido, sin duda, para ser madre!

La Plata, 1904.

EL MISIONERO

. . . .

Escúpeme en la frente!
RICARDO GUTIÉRREZ

. . . . *No hay caridad verdadera que no se enferme o que no se manche.*

5.—*Para subir hasta Jesús hay que bajar hasta Dimas, y para llegar hasta Dimas hay que dejar muy arriba el éter irrespirable de los inocentes y de los puros.*

. . . .

9.—*El Dolor no huele a vinagre aromático, ni habla en verso, ni se lamenta en música, ni vá a cenar a la fonda, como los cómicos, después de llorar.*

. . . .

18.—*El corazón del bueno es comparable a las vendas que circundan las heridas; a medida que éstas van cicatrizando, aquellas van arrojándose impregnadas de pus y de sangre.*

. . . .

20—*No creas en la predicación de aquel abate perfumado de heliotropo, que sube a su púlpito con el corazón lleno, todavía, de las suaves impresiones de las Conferencias de San Vicente y de las fiestas de caridad de las duquesas, y que cruza, después, como un César, sudoroso entre sus encajes, por aquella elegantísima multitud cuya emoción artística él ha producido y cuya admiración él ha conquistado. No creas en esa predicación... ¡es una página de Rossini!*

21.—*Crée, sí, en el propio San Vicente de Paul; sí, en el apostolado de aquel sacerdote ciego de caridad, enloquecido de evangelización, que ora se lanza por los desiertos de Africa y ora se mete en los tugurios de la ciudad, que son los desiertos de la civilización, para salir de ellos torturado de dudas, cubierto de maldiciones y carcomido de remordimientos.*

(Evangélica XV)

De compasivos canes escoltado,
Sobre un bloque de piedra de la vía,
Zozobrante, vencido, en agonía,
Un Siervo del Señor cayó postrado.

Cual desgranada, mísera mazorca
Que saltó del maizal en el camino,
Parecía, más bien, el Peregrino,
Desecho deleznable de la horca.

Y era desecho mismo. La tonsura
No inmuniza del dolor y los pesares:
Del sagrado mantel de los altares
Se desprende, también, polvo y basura.

Como Pablo, el Apóstol de las Gentes,
Aquel vil protegido de sus perros,
Por mares, por estepas y por cerros
Corrió tras ilusiones eminentes......

¡Y allí, con su sayal hecho girones
Y apoyando en un can la flaca diestra,
Aquel Fraile de Dios era la muestra
De cómo trata Dios los corazones!

II

Talvez, una visión de faz macabra
Le sacó de su grande abatimiento,
Y al despertar aquel, su pensamiento
Se deshizo en el mar de la palabra.

Mudo debiera estar; pero, recuerda,
Y hablaría, quizás, amordazado....
Porque impera una ley que al derrotado
Le impone repicar la misma cuerda.

Y es propio del Dolor, jóven o viejo,
Despedir melancólico relente
Y derramar, lo mismo que una fuente,
La cáustica lejía del consejo.

¡Virtud de la Tristeza, que percibe
Con profética luz, remotas huellas,
Como se ven más claras las estrellas
Desde la sombra fría de un algibe!

III

Cual pudiera un bohemio, el Franciscano,
Se puso a platicar con su jauría....
¡No caemos del todo, sinó el día
Que cuando pasa un can, pasa un hermano!

¡El ser Hombre es gemir, maguer los nombres
Con que tu pobre condición revistes;
Y por eso las bestias, que son tristes,
Cuando sospechan un dolor, son hombres!

Y yendo, sin querer, al punto fijo,
Como quien sus heridas palpa y frota,
Destilando su hiel, gota por gota,
A sus perros y a Dios, el Fraile dijo...

¡Dijo con tal verdad, que desde entonces
Pienso que las protestas de los viles,
Deben ser perpetuadas con buriles
En duras piedras y solemnes bronces!.....

IV

«En este bajo, relativo suelo,
También para ser santo hay que ser listo:
No basta ir a una cruz para ir a Cristo,
Ni basta la bondad para ir al Cielo.

«La misma compasión requiere astucia
Para sellar con gloria su cruzada,
Si no quiere, después, ser arrojada
Sucia y hedionda, como venda sucia.

«Los sicarios del Bien han de ser yermos,
Duros, como filósofos estoicos:
Los médicos más nobles, más heroicos,
No lamen el sudor de sus enfermos.

«La luz no triunfa, el Ideal no medra,
Sin un cierto brutal extorcionismo:
Cual un César sin ley, el pastor mismo
Gobierna con su palo y con su piedra.

«Reservan las Deidades sus primeros,
Sus más graves designios, en sus palmas;
Y reclutan su ejército en las almas
Que aceptan no valer, como los ceros:

«Espíritus soberbios de modestia,
Gemas incorruptibles de diamante,
Dentro de la caterva delirante
Que por lo mismo que delira, es bestia;

«Seres pura razón, seres yocundos,
Sin rebeldías necias de lacayo,
Que van sin pensamiento, como el rayo,
Que giran sin dolor, como los mundos;

«Corazones de ley que se consuelan
Con saber que después tendrán ventura,
Que no dieron jamás en la locura
De pretender dolores que no duelan;

«Focos de claridad de luz terrible
Dentro su estolidez de sulpicianos,
Que saben que los ímpetus son vanos,
Que todo se ha concluido en lo posible;

«Almas sin ansiedad, almas estrella,
Que siguen mansamente su trayecto,
Sin comprender la fiebre del insecto
Que busca luz, para morir en ella.....

«La azucena, la nieve y el armiño
Pierden su nitidez al microscopio:
El afan del análisis es propio
Del imbécil, del pérfido y del niño.

«Como chispa fugaz y estrofa trunca
Palpita lo Absoluto entre los pechos:
La verdad miserable de los hechos
No es la misma Verdad, ni será nunca.

«Inhumano, inconcreto, el Sacerdote
Ame a Dios solo en Dios, y no en ninguno;
Y si al triunfo de Dios es oportuno......
¡Bese con la traición del Iscariote!»

Clamó, con el valor de los insanos,
El viejo Apóstol, sin temer su mengua,
Mientras los canes, con cristiana lengua,
Le ungían caridad sobre las manos.

V

Y siguió, con apóstrofes más duros,
Y hablando a todos, pues hablaba solo:
«Más fría que los témpanos del polo
Tiene que ser el alma de los puros.

«Virtud es solidez, feroz arraigo
Que ninguna potencia desarraiga;
Y el puro ha de decir: caiga quien caiga,
Yo me quedo en mi torre... ¡y no me caigo¡

«Con Amor, nada más, nadie resiste
La sugestión de una conciencia en ruina:
Vale más inyectarse de morfina
Que de una sola lágrima del triste.

«Con atrayente, gemidor murmurio,
Rueda la vida trágica del foso,
Y un perfume sutil y capitoso
Brota de los andrajos del tugurio.

«Unas mórbidas vírgenes aciagas
Riman en el Dolor coro nefando:
Hay un Luzbel sagaz que vá volcando
Polvo de compasión sobre las llagas.

«La misma reacción sobre la injuria,
La propia indignación por el despojo,
En las fibras enfermas, siempre al rojo,
Se condensan y estallan en lujuria.

«Yo no sé de las raudas espirales
Por donde gira Dios sus voliciones...
¡Pero, yo sé de azules contriciones
Que acabaron en sucias bacanales!

«Pero, yo sé que a las virtudes áridas
Circundan Magdalenas infinitas,
Que vierten, las traidoras, las malditas,
Lágrimas de ansiedad como cantáridas.

«El débil no es innócuo, no es inerme
Como una frágil, vagabunda pompa;
No hay báculo de apoyo que no rompa,
Ni pecho compasivo que no enferme.

«Baja la Compasión a la Miseria,
Blanca la Compasión y perfumada,
Y resurje a la luz toda manchada,
Toda llena de taras y de histeria.

«Nadie podrá decir, yo soy el Pleno,
Yo soy el Intachado de seguro;
Pues el que quiera conservarse puro,
Muchas veces tendrá que no ser bueno.

«Hay, entre la Equidad y la Justicia,
Nada más que una feble sutileza...
¡Y entre la Caridad y la Pureza,
Un abismo, sin fondo, de inmundicia!».

Calló el Apóstol, y en su adusto ceño,
Como en un tronco escuálido de otoño,
Se sospechaba el cárdeno retoño
De un deleitable, de un nefando sueño.

VI

Más, levantando el sórdido capucho,
Toca de su radiante, calva testa,
Dijo, con voz de llanto y de protesta:
«Yo soy el miserable que amó mucho.

«Soy el que puso paz en la discordia,
Pan en el hambre, alivio en las prisiones,
Y en la obsesión tenaz, más que razones,
Puso, sin razonar, misericordia.

«Yo derramé, con delicadas artes,
Sobre cada reptil una caricia:
No creí necesaria la justicia
Cuando reina el Dolor por todas partes.

«Con sublime, suprema Democracia,
Cualquier hombre fué Hombre en mi presencia:
No dividí jamás en mi conciencia,
Cual un escriba infame, la Desgracia.

«Yo miré con espanto al miserable,
Con el espanto del Caín primero,
Cual si yo,—¡pobre sombra, todo entero!—
Fuese de su miseria responsable.

«Yo entendí que los éxitos ultrajan
La equidad del Señor y de sus dones;
Pues, por un triunfador hay mil millones
Que más abajo de sí mismos, bajan.

«Yo repudié al feliz, al potentado,
Al honesto, al armónico y al fuerte....
¡Porque pensé que les tocó la suerte,
Como a cualquier tahur afortunado!

«Yo tuve la tendencia, la costumbre,
De poner mi saliva en las montañas;
Pero, las dí sin pena mis entrañas,
Cada vez que dejaron de ser cumbre.

«Yo veneré, genial de servilismo,
En aquel que por fin cayó del todo,
La cruz irredimible de su lodo,
La noche inalumbrable de su abismo.

«Yo devolví su cetro a la Locura,
Fomentando en las almas anormales,
El gesto imperatriz de los fatales,
La rigidez papal de la tonsura.

«Yo hice del corazón y la cabeza
Para la turpitud, sagrados muros;
Porque juzgué que los que nacen puros
Tienen su protección en su pureza.

«Yo quebré la vilencia de los rayos
Que lanzan a lo mísero las leyes,
Postrándome a los pies de tales reyes...
¡Que no podrían ser ni mis lacayos!

«Yo me puse a la zaga de la Ciencia,
Manteniendo los fueros de lo Impío;
Cuando la ví negar el Albedrío,
Ví que no puede haber sinó Inocencia.

«Yo tendí sobre todos, como un manto,
Mi noción supersabia del Derecho:
Dije, que a cada mácula de un pecho
Corresponde un lágrima de llanto.

«Yo renuncié las glorias mundanales
Por el árduo desierto solitario,
Para sembrar, también, abecedario,
Donde mismo se siembran los trigales.

Yo tuve mi covacha siempre abierta
Para cualquier afan, falaz o cierto,
Y tan franco, tan libre, tan abierto,
Mi hermoso corazón como mi puerta.

«Yo deliré de hambre sendos días,
Y no dormí de frío sendas noches,
Para salvar a Dios de los reproches
De su hambre humana y de sus noches frías.

«Yo recibí el sarcasmo pestilente
Que de los senos presidarios corre,
Como el santo de piedra de una torre
Las caricias del sol sobre su frente.

«Y a pesar de ser bálsamo y ser puerto,
De ser lumbre, ser manta y ser comida...
¡A mi nadie me amó sobre la vida,
Ni nadie me honrará después de muerto!».

Como rueda, filtrando los breñales,
El manantial nervioso y cristalino,
Comenzó, por la faz del Peregrino,
A desatar el llanto sus raudales.

Y a la intensa emoción que trascendía
De aquel solemne rostro taciturno,
Un aullido de pánico nocturno
Lanzó, como un lamento, la jauría.

¡No hay gemido, no hay sombra, no hay entierro,
No hay soledad, no hay llama que se apague,
Que no reciban, sin que nadie pague,
Los misereres clásicos del perro!

VII

Y el Apóstol siguió con voz airada,
Por poner a sus lágrimas un punto:
«¡Soy lo que ya no es!.... ¡Soy el trasunto
De la soberbia de Satán, domada!

«La Caridad es Dios, y es la más bella,
La más profunda nota del Calvario;
Pero, piense, también, el temerario,
Que Jesús no es camino, sinó estrella,

«La Caridad es Dios, como el capullo
Tiene que ser perfume y hermosura;
Pero, la caridad de la criatura
Surge del Egoísmo, y es Orgullo.

«La Caridad es Dios: sin el efecto,
Sin la nefanda sensación del lodo....
¡Sí, Dios es Caridad; más, sobre todo,
Es Suma Voluntad de lo Perfecto!

«Sepa la Humanidad, la loba hirsuta,
Víctima de los delirios de sus tenias:
Su morbosa explosión de neurastenias
No puede ser jamás Vida Absoluta.

«Sepa la Humanidad que yo me temo,
Que cuando el día sin dolor encuentre,
Se ponga a contemplar su propio vientre,
Presentando la espalda al Bien Supremo.

«Sepa que su labor, que sus heridas,
Que la trama sutil de sus pasiones,
Vibran, con prodigiosas radiaciones,
Al porvenir más hondo referidas.

«Sepa que lo doliente, que lo triste,....
¡Que caiga, que retorne, que sucumba,
Si el ambiente de fragua no resiste!

«¡Y sepa que cualquier razonamiento
Consigue la verdad y tanto brilla,
Como la luz fugaz de una cerilla
Sobre la luz astral del firmamento...!».

VIII

Y transportado al fondo del Nirvana,
O, como buen genial, contradictorio,
Prosiguió razonando perentorio,
Sin ver en su razón Razón humana:

«Los hijos de la Sombra y el Prostíbulo,
Miente la Compasión, no se redimen:
Nacieron con el síntoma del Crímen
Y el fervor inefable del Patíbulo.

«Como la herida que se cierra en falso,
Cualquier choque fortuito los encona:
Anhelan, como el genio una corona,
Su hospital, su Presidio y su Cadalso.

«Y el Mal es mal: lo mísero, lo inmundo,
Lo formado de pústulas y lamas,
Debe rodar al centro de las llamas
Para salvar de su contagio al mundo.

«Hay un fin, hay un plan, hay un camino,
Hay un punto de cita, hay un miraje,
Hay un afan de búfalo salvaje....
¡El afan migratorio del Destino!

«Y hay que llegar al fin, reacio potro,
Saltar hacia lo azul, sin miedo alguno:
El bien de las crisálidas es uno,
Y el bien de los arcángeles es otro».

IX

«Caridad, Compasión; palabras huecas,
Llanto de cocodrilo plañidero.....
¡Si una santa mujer, si un jardinero,
Abonan su jardín con hojas secas!

«Felicidad total: maldito nombre,
Consigna del cobarde y del tirano....
¡La perfección en sí del cuadrumano,
Talvez hubiese suprimido al Hombre!

«Ser algo es ser esclavo: no hay libertos...
¡Todo marcha en la lógica Suprema:
Desde el collar de soles de un sistema,
Hasta cualquier montón de insectos muertos!

«En vano, Chusma sacra, en vano jipas...
Tienes que trasponer los Infinitos,
Como avanza el rocín bajo tus gritos,
Arrastrando al andar sus propias tripas!

«En las olas que te alzan y voltean,
Ruedas al más allá, roja burbuja,
Sin saber la razón que te rempuja,
Como no sabe un buey por qué le arrean.

«En vano, Viejo Adan, en vano exhalas
Blasfemias de Titan al monte asido:
El que vendrá después, el Prometido,
Solo será un cerebro con dos alas.

«El Mejor no eres tú, pálido rastro,
Tímida tentativa en la redoma,
Como cualquier semilla no es la poma,
Ni cualquier fuego cósmico es un astro.

«Vas a tu Superior, a tu Distinto;
Y ese no te tendrá ni amor ni envidias,
Como los blancos mármoles de Fidias
Nunca se doblan a palpar su plinto.

«Tú caerás en la sombra, y el Ser Nuevo
No ha de pensar que fué tu desarrollo,
Con la suma sapiencia con que un pollo
Rompe y olvida la prisión del huevo.

«Tú caerás en la sombra, como el cable
Que fué para escalar muro enemigo,
Como caen las películas del trigo
En la racha de viento inexcrutable.

«Tú caerás en la sombra impenetrada....
Donde yace la cáscara ya rota....
¡Donde van las palabras del idiota,
A la nada sin nada de la Nada!».

Cual un Moisés altísimo y tonante
Destacado en la luz del horizonte,
Parecía que hablase desde un monte,
Trágico de razón, el Mendicante.

X

Y cual un César loco, cuyo manto
Desgarra él mismo y en el lodo arroja,
Se puso a deshojar, hoja por hoja,
Su propio enorme corazón de santo:

«Como madre sensual dejé mi beso
Sobre cada bubón de los leprosos:
Y aquellos besos... ¡ah! son espantosos,
¡Pudren hasta la médula del hueso!

«Iracundo de Amor, rompiendo trabas,
No puse a mi bondad ninguna linde:
Y la fría Razón, que no se rinde,
Deshonró mi tonsura con sus babas.

«Como el ángel de Asís, el gran cristiano,
Quise decir también «hermano Vicio:»
Y produje la sombra y el desquicio
Dentro de mi cerebro soberano.

«Cargué la Cruz sobre mi espalda recia,
Con la fé de un jayán de ardientes nervios:
Y aquella Cruz no es carga de soberbios....
¡No es un deporte olímpico de Grecia!

«La pensé un talismán, que, no sé cómo,
Consagra privilegios nunca vistos:
Y Ella, sobre los falsos Jesucristos,
Pesa como cien lápidas de plomo.

«Quise imperar sobre la res vencida
Poniéndola mi gloria por escudo:
Y aquí yazgo, famélico, desnudo,
Promiscuando su cueva y su comida.

«Pretendí ser el Unico, el más solo,
El que no se apoyase en vida alguna:
Y estoy, como un expósito sin cuna
Bajo la noche frígida del Polo.

«Soñé forjar, por fin, no sé qué obra,
Con mi sola, gentil conducta extraña:
Y este mundo burgués, que no se engaña,
Me pisa, sin mirar, como a su sobra.

«¡Por eso masco el áspera corteza
De mi propio desprecio indefinible,
Con la vil sensación de lo imposible
Clavada, como un c avo, en mi cabeza!»

No pudo proseguir... Seco, rabioso,
Como el gemir de formidable llanta,
Restalló, de repente, en su garganta,
Suma de sus angustias, un sollozo.

Aquel hondo mugido vibró tanto,
Que traspasó recónditos confines,
Y sus propios hermanos, los mastines,
Se volvieron al Fraile con espanto.

XI

Se repuso por fin, y resumiendo
En epílogo intenso su discurso,
Comenzó a despedirse del concurso
Que a su largo gemido fué surgiendo:

«Todo es contradictorio, todo vago,
Todo se vé al través de una penumbra;
La misma antorcha que en la noche alumbra,
Sirve para el incendio y el estrago.

«Siembran dos jardineros su simiente,
Idénticas las dos, una mañana:
Y el primero cosecha una manzana,
Y el otro, miserando,... ¡una serpiente!

«Yo no sé qué pragmáticas malditas
Fulminan a mis obras más amables,
Cual migración de bestias formidables
Sobre una floración de margaritas;

«Mas; sé que mi cruz, justa o injusta,
Me postra de rodillas en el barro,
Como sabe la res que tira un carro,
Que le rasgan las carnes con la fusta;

«Mas, yo sé que mi verbo, que mi lema,
No tienen alma ya donde prosperen,
Como saben los Césares que mueren
Que no se pondrán más una diadema;

«Y yo sé que mi propio epitalamio
Canto aquí, de mis bodas con la tumba....
¡Como el pobre albañil que se derrumba
Sabe que va cayendo del andamio!

XII

«De la más ruin pasión a la más alta
Pasan frente de mí sin que yo sepa.
Llegué por fin. Ya estoy sobre la estepa
Donde la sombra de sí mismo falta.

«Fuí grande en el soñar y fuí pequeño
El día de la acción, y eso me pierde......
¡Pero, no quiero yo que se recuerde
Que ya es una virtud tener un sueño!

«Que sobre mí su maldición irradie
La conciencia vulgar, la Ley del hombre:
Perdí persona, posición y nombre,
Y para bien del Bien ya no soy nadie.

«Nadie soy, en verdad, pues no me queda
Ni un ápice de luz, ni un leve perno:
La musa de lo cósmico y eterno
Cerró sus alas.... ¡encallé mi rueda!

«Se desató el ciclón. Dios me desgaja,
Y el Criterio de Dios no se interrumpe.....
¡Si el volcán de sus cóleras irrumpe,
Arde su Creación como una paja!

«Yo mismo, sin piedad, no me perdono
Este luchar frenético de Olimpia:
Criminal es un bien que nada limpia,
Castigo es una cruz que no es un trono.

«¡Sin ley, ni hogar, ni patria, ni destino,
Como las hojarascas de la selva,
Dejaré de sufrir cuando me vuelva
Polvo bien pisoteado del camino!....

XIII

«Pero, no quiero yo, de ningun modo,
Que me perdonen teólogos ateos....
¡ quien se absuelve, al absolver los reos,
Es al sublime Artífice de Todo!

«Prefiero que los sabios, casi estetas,
Que llaman al dolor «idiosincracias,»
Pongan motes en griego a mis desgracias..
Para cobrar más caro sus recetas.

«El Perdón es la mácula de cieno
Puesta sobre la clámide de un **nombre...**
¡Porque tengo amarguras, ya soy **Hombre**,
Y por que soy un hombre, ya soy **bueno**!

«Hablen los impecados, a porfía;
Desescamen la red de sus escamas....
¡Digan si saben, al dejar sus camas,
Cual será su belleza de aquel día!

«Cuando el Hijo de Dios, el Inefable,
Perdonó desde el Gólgota, al perverso....
¡Puso, sobre la faz del Universo,
La más horrible injuria imaginable!

«Sepa por primer vez, el presidario,
Y alce su frente mustia y lapidada:
El más vil.... es una alma destinada
Como el propio Jesús, a su Calvario!

«Somos los Anunciados, los Previstos,
Si hay un Dios, si hay un Punto Omnisapiente;
Y antes de ser, ya son, en esa Mente,
Los Judas, los Pilatos y los Cristos!».

XIV

Dijo, y al ver que con cobarde espanto
Murmuraba la turba, gritó fiero:
«¿Dónde está el miserable que primero
Vino a regar mi pecho con su llanto?

«¿Dónde está, dónde rasca los resíduos
De su mordiente lepra inveterada...?
¡Para lanzar a él, toda esta nada,
Y untarle mis consuelos más asíduos?

«¿Dónde está, dónde gime, sin la sombra
De mi pecho de madre sin rencores?
¡Para tejerle un camarín de flores,
Y tenderme a sus pies como su alfombra!

«¿Dónde oculta sus pálpitos de lobo?
¿Dónde esgrime su trágica energía?....
¡Para ponerme yo como vigía,
Mientras urde su crimen y su robo!

«¿En qué frío pretorio, en qué portales
Tiembla bajo la toga de sus jueces?....
¡Para decir, para gritar mil veces:
El Juez y el Criminal son anormales!

«¿Qué rincón de hospital le dá su asilo?
¿Quién estudia su mal como en un perro?...
¡Para ponerme yo bajo del hierro,
Que desgarra esas carnes con su filo!

«¿Dónde está su cadáver sin mortaja,
Caliente, todavía, y ya deshecho?....
¡Para rajar el roble de mi pecho
Y labrarle los muros de su caja!

«¿Dónde están sus despojos sin hermanos,
Sin nadie que a gemir se les arrime?....
¡Para poner mi corazón sublime,
Como una flor de púrpura en sus manos!

XV

«¿Quién proclama el imperio de lo Injusto?
¿Quién afirma que a Dios todo le cuadre?..
¡Si Dios no puede herir, sin ser mal padre,
Ni siquiera la rama de un arbusto!

«¿Por qué concebirán todas las mentes
Apóstrofes al Crímen, fulminarios?
¡Si los propios chacales sanguinarios,
Como un blanco vellón, son inocentes!

«¿Qué moral puede ser esa siniestra
Que mata todo impulso en la criatura?....
¡Si la sola razón que no es locura,
Es hacer Razón misma, de la nuestra!

«¿Quién habla de Deberes, de Derechos,
De arrojar a los malos a una pira?....
¡Si ellos viven sus vidas, sin mentira!
¡Si no pueden dejar sus propios pechos!

«¿Qué sable justiciero es esa daga
Que solo hiere frentes sin diadema?....
¿Por qué no abisma el sol, cuando nos quema?
¿Por qué no seca el mar, cuando nos traga?

«¿Por qué le ha de dejar el Universo
Vasto campo a la luz para que vibre,
Y el corazón de Adán no ha de ser libre,
Y el alma ha de rimarse como un verso?

«¿Qué Ciencia miserable es esa ciencia
Que nada sabe más que el primer día?....
¿Qué remedia con ver una insanía
Donde antes vió pasión y no demencia?

«¿Por qué no es el amparo y el abrigo
Del insólito y túrpido y obscuro?
¿Por qué no se levanta como un muro,
Entre cada infeliz y su castigo?

«¿Por qué no dice, cuando el viento brama,
Que hay una aberración en el ambiente,
Y dice que hay un loco delincuente
Cuando la sangre agena se derrama?

«¿Qué hace de su saber, que yo no envidio,
De sus ánsias de honor, que no son pocas,
Que no empieza a curar las almas locas
Y hunde para in eternum el Presidio?»....

XVI

Todos le contemplaban descubiertos,
Cual si les atrajese algún abismo,
Y él, entónces, se alzó sobre sí mismo,
Y exclamó con los brazos bien abiertos:

«Ven á mí, recua inmensa, hija del llanto,
Escala del feliz, Luzbel hediondo....
¡Tengo todo el secreto de tu fondo,
Por la misma razón de que soy santo!

«Ven a mí, rey enfermo, vil canalla,
Quiero que con tus lágrimas me mandes:
Yo soy como aquel grande entre los grandes
«Que no dobló su frente en la batalla».

«Sombra y luz, piedra y alma, seso insano
Y ángel lleno de dudas y malicia:
Yo no sé de Razón ni de Justicia....
¡Solo quiero saber que soy tu hermano!

«Chusma ruín, que tus dedos como sondas
Urguen en las heridas de mi brega,
Y palparás al menos, si eres ciega,
Que las hechas por tí, son las más hondas.

«En tu árido desierto, soy la palma
Que fué sombra, fué templo y fué cenáculo;
Ven a mí, que devore tu tentáculo
Los ubérrimos dátiles de mi alma.

«Mi concepto del triunfo no consiste,
Ni en lucir, ni en mandar, ni en tener suerte:
Yo soy el triunfador y soy el fuerte,
Porque no me acobardo de lo triste.

«Ven a mí, mostruo amigo, no estoy muerto,
Como no muere nunca una gran lira:
Que otros vivan la ley, que es la mentira,
Yo vivo los impulsos, que es lo cierto.

«Aquí estoy, si me manchan tus minucias,
Tus terribles minucias, más me place:
El obrero mejor, el que más hace,
Tiene las manos, más que todos, sucias.

«Y odie el feliz, que es bestia, esta mi fiebre;
Y me ultraje y repudie, y dé de coces....
Yo amo la libertad, como los dioses,
Y el feliz, como el asno, su pesebre!

«No me causa pavor, si me difama,
Envolver con mi llanto tu persona:
No soy el Cristo-dios, que te perdona,....
¡Soy un Cristo mejor, soy el que te ama!

«Quiero que el salivazo inexorable
Que cae sobre tu testa, desde arriba,
Mi soberana testa lo reciba,
Primero que la tuya irresponsable.

«Pise sobre mi cuerpo, no perdone,
Toda la Sociedad, pise y apriete:
No habrá de conseguir que la respete,
Ni logrará jamás que te abandone.

«Aquí estoy, que tu enorme espumarajo,
Cual una enorme injuria, se derrame....
¡Enorme cruz, enormemente infame,
Quiero flotar en tí, como un andrajo!

«Bajé al abismo, con el alma llena
De una perpétua luz que no se agota:
Soy miseria, soy ruina, soy derrota......
¡Pero, por ley fatal, soy azucena!

«Me quebré, me rompí, como una clara,
Bruñida copa de cristal sonante;
Pero, me queda inspiración bastante,
Para incendiar el Sol, si se apagara.

«No hay Jordán que me lave de los rastros
De tu cáustico roce de vestiglo:
Pero, yo rodaré, de siglo en siglo,
Proyectándote luz, como los astros.

«¡Pulpa sin gratitud, no sabrás nunca
Que yo luché con Dios, que te moldea!»...
Y se quedó de pié, como una idea
Que se va del cerebro y queda trunca.

La Plata, 1905.

GIMIÓ CIEN VECES

Cada vil.... es un alma destinada
como el propio Jesús, a su Calvario

(El Misionero)

Y respondiendo Job, dijo:

¿Hasta cuándo angustiareis mi alma y me molestareis con vuestros discursos?

Ved que ya diez veces me quereis confundir, y no os avergozais de oprimirme.

Sea así que yo haya errado: mi ierro quedará conmigo.

Más, vosotros os levantais contra mí, y me dais en cara con mis oprobios.

Siquiera esta vez entended, que Dios no según tela de juicio me ha aflijido y ceñido con azotes.

Ved aquí que clamaré padeciendo violencia, y nadie me oirá: vocearé y no hay quien me haga justicia.

JOB.

(Cap. XIX vv. del 1 al 7)

I

Sonreían los mundos con que la Noche
Decora las tinieblas con que se viste,
Y el Alma del Presidio, como un reproche,
Sonando sus grilletes, cantaba triste:

«Yo no tengo, ni tuve, ni tendré nunca,
La mirada tranquila del inocente:
Soy el ser vacilante, la vida trunca,
La bestia incorregible, la luz ausente.

«Sobre mi pulpa lacia no dejan rastros
Las pasiones primarias, la vida tierna:
Las miro, cual pudiera mirar los astros
Desde las lobregueces de una cisterna.

«Mi niñez maliciosa ya era un armiño
Que hubiesen repudiado los albañales:
Nunca fuí candoroso, nunca fuí niño.
Nunca viví la aurora de los pañales.

«Yo sospecho Tarpeyas en cada cumbre,
Ni aunque vaya pisando flores y alfonbras:
Porque tengo la mente llena de lumbre...
¡Y el corazón maldito lleno de sombras!

«La sensación perpétua que me domina
No me deja motivo de otras extrañas:
Me substrae, me concentra, como una espina
Clavada en lo secreto de mis entrañas.

«En el radiante cielo de las pasiones
Yo soy un miserable globo cautivo:
Para un solo deseo forjo ilusiones...
¡Para una sola infamia me siento vivo!

II

«Me propongo salvarme, juro entusiasta
Marchar por una vía que será eterna...
¡Y a la hora, al minuto, me grita ¡basta!
Yo no sé qué demonio que me gobierna!

«Mis horas más risueñas me pesan tanto
Como las formidables del Crímen mismo:
Me invaden mis tinieblas, me causo espanto,
Me atrae, me desvanece mi propio abismo.

«Padre, hijos, hermanos, patria, progreso,
Lucha por una idea, por una palma....
¿Qué valen? ¿qué me importan?... ¡Si todo eso
No vive dos segundos dentro de mi alma!

«¿Qué cicatriz honrosa tengo en la frente?
¿De qué noble sistema yo soy el centro...?
¡Si soy lo desquiciado, lo incoherente,
Lo inútil por inútil, lo vil por dentro!

«Lo vil, lo despreciable, la res nacida
Ya cubierta de pupas y ya en escombros.....
¡Ningun dolor más hondo sobre una vida,
Ninguna cruz más grande sobre unos hombros¡

III

«Oh, seres nivelados, porque son chirles.
Que desde sus remansos odian mis penas:
¿Les dije yo a mis padres... ¿pude decirles?
Que amasaran mis carnes con azucenas?

«¿Desde la Luz Primera no estaba escrita,
profunda, palpitante, mi hora malvada?
¿O la Mente Suprema no es infinita,
Ni dirige los tiempos, ni piensa nada?

«¿No gime ya bastante mi hediondo bofe
Bajo sus doloridos grumos infectos,
Para qué se permita que me apostrofe
La pureza sin lucha de los perfectos?

«Y cuando los perfectos, los intachables,
Los que no resbalaron dos veces solas,
De sus nobles acciones son responsables....
¡Como de sus espumas lo son las olas!

IV

«¿Acaso con probarme, día por día,
Que el Crímen es de cieno y el Bien de plata,
Van a torcer un punto mi vesanía,
Van a domar la fuerza que me arrebata?

«Si yo soy de las vidas que no convienen,
Si yo soy el que mancha y el que desquicia....
¿Por qué no me suprimen? ¿Por qué me tienen
Sujeto a la picota de su justicia?

«Si soy un vil detritus: a la basura
Hay que ponerla en hornos y hay que cremarla...
¡No meterla en fanales, porque es impura,
Y en frases lapidarias apostrofarla!

«Ellos son la más alta soberanía,
Sus juicios solamente son los que imperan;
Y en vez de fulminarme... ¡por cobardía,
Me reducen, me rapan y me numeran!

«Para evitar las iras, que temen tanto,
Del Unico, Supremo Fautor de todo....
¡Me azotan en el alma, con odio santo:
Ensucian, envilecen mi propio lodo!

V

«¿Adónde están los sabios de noble cepa,
Que mirando en mi suerte la misma suya,
No inyectan en mi sangre, sin que yo sepa,
La ponzoña bendita que me destruya?

«¿O no sabes, acaso, Ciencia inocente
Que de tantos progresos haces alarde,
Que nadie puso vendas al alma ausente,
Que todo lo protervo vive cobarde?

«¿Adónde están los buenos, los propios buenos,
Compasibos, fraternos, humanitarios,
Que una noche cualquiera, de bondad llenos,
No forman una pira de presidiarios?

«¿Por qué los que me quieren, esos sencillos
Amigos de mi pago que me visitan,
No envenenan un día los cigarrillos
Y las doradas frutas con que me invitan?

«¿Por qué el gendarme armado, rígido y yermo,
Que custodia mi puerta fusil al brazo,
En un arranque heróico, mientras yo duermo,
No me tritura el cráneo de un culatazo?

«¿Por qué mis viejos padres no me redimen,
Y en esta misma celda sola y callada,
No cargan con lo suyo, que fué mi crímen,
Y me dejan lo mío, que fué la Nada?

«Malhaya, sí, malhaya la Providencia,
Que amasó con escoria los corazones....
¡Y les dejó los ojos de la conciencia
Para juzgar las propias aberraciones!».

Sollozaron los astros con que reviste
La Noche taciturna sus lobregueces,
Y el Alma del Presidio, triste, muy triste,
Triste como la muerte, gimió cien veces.

La Plata, 1904.

VENCIDOS

Cayó en la tumba, como caen los astros....

G. MENDEZ.

. . . .

Andan muchos por ahí que han recibido la consigna de trasladarse en dos pies, como las personas.

. . . .

Una conciencia cualquiera, aun la más susceptible, es a la manera de los sonámbulos: salva los mayores peligros, sin sospecharlos siquiera.

. . . .

Se es heróico como se es enano, narigudo y patituerto, por maldición providencial.

. . . .

Todos los hombres hacen el viaje de la vida, pensando en otra cosa que no es su propio destino: es muy posible que aquellos más miserables hubieran sido tan inmaculados como San Francisco de Asis, si Dios hubiese querido lo que ellos quisieron.

. . . .

(Evan. VII, vv. 4, 7, 9, 11 y 16)

Serás lo que debes ser y sinó... no serás nada!

SAN MARTIN.

. . . .

Como aquellos desposados
Que platican reclinados
En los cómodos cojines
De las cómodas butacas del vagón,—
Van soñando alegremente,
Mientras marchan rectamente
Por los rieles invisibles,
Para ellos, como el alma y como Dios:
Así corre a su destino,
Proyectando en el camino
Mil graciosas necedades
Que jamás entre sus palmas palpará,
Desde el joven al anciano,
Desde el rey al artesano,
Toda entera y verdadera,
La inconsciente, cerebral Humanidad!

. . . .

(Apóstrofes!)

Como van al ajenjo los beodos
Protestando su horror a los licores,
Y al salón de jugar, los jugadores,
Componiendo a su vicio mil apodos;

Como van, susurrando en graves modos,
Las rubias lechiguanas a las flores,
Y soñando platónicos amores,
Al supremo deleite, vamos todos;

Así van los sublimes, los sagrados,
Los heróicos, los grandes, los temidos,
Con no sé qué furor de sus sentidos
Por repechos olímpicos lanzados......

Con rumbos a la Gloria.... ¡y derrotados!
Vencidos a la luz.... ¡pero vencidos!

1904.

MANCHA DE TINTA

6.—*Aunque residas entre alienados, calcula; aunque vivas entre mujeres, ármate; aunque duermas entre recien nacidos, vigila ..*

7.—*Cada átomo de alma, cada átomo de tigre: toda espalda está amenazada de su estilctazo, y toda mano condenada a herir...*

....

9.—*Hasta los lobos reposan entre los lobos; pero tú no te confíes al sueño, ni sobre el pecho de tu propio hijo: nada te ama.*

....

15.—*Tu fé, tu esperanza y tu caridad, no son nada más que variedades de tu interés.*

....

18.—*Nadie que haya hecho algo bueno, ha querido hacerlo. Dentro de cada uno lo que hay es un secreto inconfesable. Aquel más criminal o más vil, todavía lo es más.*

(Páginas negras)

I

Estaba una noche yo
Sin compañía ninguna,
Cuando en un rayo de luna
Un ángel rubio bajó.
Mojó mi pluma, escribió,
Plegó el papel y me dijo:
«Aquí están los nombres, hijo,
De los que ruegan por tí».
Después.... ¡voló sobre mí
Como un blanco crucifijo!

II

Fué tan fuerte mi emoción,
Que, sin hacer su lectura,
La celestial escritura
Cubrí de intenso borrón.
Lleno de tribulación
Cojí rasante cincel,
A fin de raspar aquel
¡Tenebroso espumarajo....
Y en lo mejor del trabajo
Se me desgarró el papel!

III

¡Pensé morir!.... ¡Resonantes
Las dos sienes me latían!....
¿Cuáles y cuántos serían
Los nombres escritos antes?
Y en un mar de interrogantes
El alma flotando alerta,
Puse mi faz en la puerta
Del paterno rancho mío....
¡Y el rancho estaba vacío
Sobre la pampa desierta!

IV

Como el perro delincuente
Que regresa con la aurora,
Echado a la puerta llora
Largamente, amargamente:
En la tapera doliente

Que fué mi torre patricia,
El Día de la Justicia
Me hubiese encontrado el mundo,
Aguardando gemebundo
Como el can, una caricia.

V

Pero, besando el umbral
De las ruinas de mi rancho....
¡Cunas rotas, en el ancho,
Sollozante pajonal¡....
No sé qué fiebre imperial
Me invadió de tal manera,
Que me impuse, aunque debiera
Valerme de cualquier medio,
De aquel borrón sin remedio
Sacar la luz toda entera.

VI

Y medité: «Pudo ser
La nómina del enjambre,
Del cardúmen muerto de hambre
Que invadía mi taller».
Y comencé a recorrer
Las cuevas del proletario;
Pero, el afán libertario
Deshumaniza al ilota....
¡Y pasé por la picota
De un bestial vocabulario!

VII

Los amigos.... «¡Que no sea,
Dije, por soberbias mías!»
Y anduve, noches y días,
De la ciudad a la aldea.
¡Como al poner una tea
Sobre una planta de trigo,
Por el trigal sin abrigo
Rueda la conflagración,
Fué cundiendo la Traición
De un amigo en otro amigo!

VIII

Tremé; circulé la vista,
Como pidiendo contacto:
Solo quedaba lo abstracto
Para restaurar la lista.
Como celebrado artista
Fijé pomposo cartel....
Y vino el orbe en tropel
Para gritarme entusiasta:
«¡A los necios de tu casta
Les sobra con un laurel!»

IX

Por una incongruencia rara,
O más bien, por cobardía,
De un corazón yo quería
No tener conciencia clara:
La pira secreta, el ara

Donde oficia todo ser,
Solo, sin dejar ver,
En lo callado y obscuro.....
¡Lo más torpe y lo más puro:
Los besos de una mujer!

X

Más, pensé de pronto: «Nó;
Más hoy, más luego, es lo mismo.
¡Quiero sondar el abismo
De la que gobierno yo!»
Llamé; gemí.... ¡No salió!...
Aullé como habrienta loba;
En sus puertas de caoba
Grabé con sangre su nombre...
¡Y entre besos gritó un hombre:
«Cambió de rey esta alcoba!»

XI

¡Qué blasfemia formidable
Desafiando a Dios en seco,
Me brotó del antro hueco
De mi pecho miserable!
¡Roto estaba el postrer cable
Y el bajel roto en astillas!
¡Desplomado de rodillas
Me sentía centro y polo
Del más frío, del más sólo
Mar sin fondo y sin orillas!

XII

Y sonámbulo, sombrío,
Como un crónico sin cura
Que ya tiene la tonsura
De la sombra y el vacío,
Tomé la senda del río
Buscando la paz, lo inerte,
El refujio, el contrafuerte,
La navegación del dolor....
¡Me pensé que la mejor
Es la vida de la muerte!

XIII

Pisé la playa; y al ver
Rodar las ondas serenas,
Me paralizó las venas
La enormidad del No-ser;
Y quise a vivir volver,
Presa de espanto cerval;
Pero, una fuerza fatal
Me sumergía.... ¡y a ratos,
Vibraban los pizzicatos
De una risa universal!

XIV

Muerto.... ¡sí, yo estuve muerto!...
Ya sin la vil sobreveste,
Busqué la Ciudad celeste
Que es recompesa y es puerto.
Me hundí en el éter desierto

Como paloma extraviada,
Hasta divisar dorada,
Luminosa Puerta Pía....
¡Y al acercarme, no había
Ni luz, ni puerta, ni nada!

XV

Desde aquella enorme cuita,
En las más solemne calma,
Otra vez reside mi alma
Dentro mi carne maldita.
Allí está, la pobrecita,
Sin ensayar ningun vuelo,
Como la monja en su velo,
Como el reo en su cadalso;
Pues sabe que todo es falso...
¡Cuando lo dispone el Cielo!

XVI

Y como el can delincuente
Que regresa con la aurora,
Lamiendo la puerta llora
Largamente, amargamente:
En mi covacha doliente
Y acurrucado en su quicio,
Tal vez, el Día del Juicio
Me habrá de encontrar el mundo,
Como un triste, gemebundo,
Palpitante desperdicio!

La Plata, 1905,

LLAGAS PROFÉTICAS

Nadie más incredulo que un sacerdote, nadie más convencido de la imposibilidad del Bien que el bueno mismo, y nadie más sagaz y desconfiado que el ignorante y el simple.

. . . .

(Evan. XIX v. 9)

. . . .

¡Ni más frágiles encantos
Que las alas de lo puro,
Ni agujero más obscuro
Que las almas de los santos!

. . . .

(Milongas clásicas(

Como los pobres lomos del jumento
Que mal ensillan zagalones brutos,
(Lomos sangre y sudor, fuertes y enjutos,
Dechados de bondad sin escarmiento).

Cuando suena en la cuadra el paramento,
Se abren como una flor, treman hirsutos,
Profetizando su dolor astutos,
Cual si tuviesen llagas con talento:

Las almas que ama Dios, las almas buenas,
Esas almas sin hiel de los mejores,
Que son siempre la res de los traidores,
Las árganas sin fondo de las penas....

¡Presienten desde lejos los dolores,
De una gran luz clarovidente llenas!

LO QUE QUIERO

I

Quiero ser las dos niñas de tus ojos
las metálicas cuerdas de tu voz,
el rubor de tu sien cuando meditas
y el origen tenaz de tu rubor.

Quiero ser esas manos invisibles
que manejan por sí la Creación,
y formar con tus sueños y los mios
otro mundo mejor para los dos.

Eres tú, Providencia de mi vida,
mi sostén, mi refugio, mi caudal:
cual si fueras mi madre yo te amo....
¡y todavía más!

II

Tengo celos del Sol, porque te besa
con sus labios de luz y de calor....
¡del jazmín tropical y del jilguero
que decoran y alegran tu balcón!

Mando yo que ni el aire te sonría:
ni los astros, ni el ave, ni la flor,
ni la Fé, ni el Amor, ni la Esperanza,
ni ninguno, ni nada más que yo.

Eres tú, Soberana de mis noches,
mi constante, perpetuo cavilar:
ambiciono tu amor como la Gloria....
¡y todavía más!

III

Yo no quiero que alguno te consuele
si me mata la fuerza de tu amor....
¡si me matan los besos insaciables,
fervorosos, ardientes que te doy!

Quiero yo que te invadan las tinieblas,
cuando ya para mí no salga sol.
Quiero yo que defiendas mis despojos
del más breve ritual profanador.

Quiero yo que me llames y conjures
sobre labios y frente y corazón.
Quiero yo que sucumbas o enloquezcas...
¡loca, sí, muerta, sí, te quiero yo!

Mi querida, mi bien, mi soberana,
mi refugio, mi sueño, mi caudal,
mi laurel, mi ambición, mi santa madre...
¡y todavía más!

JESÚS

Para mi amigo Eduardo Sáenz

I

Como brota del charco sombrío
y a conjuros de luz meridiana,
yo no sé por qué afán de lo triste,
gracioso nenúfar de flores de nácar:

La presión secular exprimiendo
de la fétida chusma, la entraña,
conjuró de aquel barro de sangre,
la noble azucena doliente de su alma!

II

Gota pura del bien absoluto,
de la estirpe mortal, destilada:
prodigioso perfil de la errante
visión de justicia que sueña la raza:

Profundísimo beso errabundo
que al rozar tus dolores, estalla;
perdurable tristeza divina
cubriendo las viles tristezas humanas!

III

Celestial mensajero que siente,
mientras cruza los orbes y baja,
la precisa intuición espantable
del hondo vacío voraz que lo traga!

Femenina zozobra que al mundo,
como palio de lágrimas, guarda:
gemebunda torcaz valerosa,
que al prófugo crímen le tiende sus alas!

IV

Corazón matinal, todo blanco,
cuyo fuego de hoguera ofrendaría,
con efluvios de mirra, perfuma,
de Job, la rabiosa, la trágica sarna!

Corazón cuyo amor intangible,
sin buscar otro amor, se dilata,
como estuvo en el Caos el Eterno,
sin peso ni forma, sin rumbos ni vallas!

V

Cual se tuercen y escurren flexibles,
sin lograr abatir la muralla,
ya tenaces, ya febles, ya locos,
bramando y silbando, los vientos que pasau;

la invasora legión de cariños
que a la vida real nos amarra,
no logró reducirle, siquiera,
ni al sacro, materno dogal de la patria!

VI

Nebulosa de amor: de amor mismo;
sin la paz del hogar, que coarta,
ni la fiel amistad que suprime,
ni aquel inefable deleite, que sacia!

—No asirás, hombre fórmula y ergo,
su inasible figura esfumada:
como polvo de aurora, difuso,
difuso en la vida su espíritu vaga!

VII

Proyectó sugestiones de nimbo,
su perpetua niñez inspirada;
rechazó lo carnal, de sus carnes,
cual cisne jocundo que hiende las aguas;

no sufrió lobregueces de ocaso,
su fulgor de lucero del alba:
blanco César triunfal de lo puro!
querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

Como diestros, por sí se detienen
los caudales del mar, en la playa;
cual germina y retoña, y produce,
silvestre, salvaje, libérrima planta:

Ni el saber, ni el sofisma turbaron
su sagaz, pensativa ignorancia:
floración cerebral; tierra virgen;
flamígero foco del Verbo que irradia!

IX

Como aquél, predilecto que siente,
por geniales virtudes innatas,
la explosión de las notas que surgen,
y ondean, y ríen, cual ninfas hermanas:

Pudo Aquél predilecto admirable,
como disco luciente de plata,
reflejar, en la noche futura,
la eterna, la sola Verdad soberana!

X

Formidable saber que redujo,
como a loca jauría, en su alma,
cual recoges el cielo en tus ojos,
y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!

Formidable saber que sanciona,
que tu bien y tu mal son palabras:
resonantes palabras vacías!
cilicio de penas internas que arrastras!

XI

Porque luz, y color, y sonido
sólo son cerebrales fantasmas,
mientras vibran espacios y soles
sumidos en mudas tinieblas heladas!

Y así toda tu ciencia y la mía....
nada más que impresión comparada,
nada más que ilusiones eternas
que aloja en nosotros el Caos que no acaba!

XII

Pues si aquel escozor de la herida
que produjo en tu carne, la daga,
ni le sufre tu músculo roto,
ni aquel cincelado prodigio que mata:

La estupenda, la simple, la hermosa,
la cabal creación que proclamas,
con la misma inconsciencia que vives,
debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

¡Allí está el Universo! Allí mismo
puso Dios su taller y su patria!
Desde aquella ruin madriguera,
colora el vacío y esculpe la nada!

Y esos lampos de luz que fulguras,
su divino cincel los arranca!
Y esos torpes impulsos que sigues,
no son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
breves horas, apenas, pensara,
llenaría, cual tú, su conciencia
de leyes, y dudas, y luces, y manchas!

Porque cada cerebro es el nudo
de la misma labor que le arrancan,
como el triste gusano cautivo
del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito a infinito,
lo que es—no su aspecto: su masa,—
te conquista, te absorbe, te agota,
cual Eva incansable que nunca se sacia;

mientras tú, viejo Adán de la vida,
poseído en la sombra le amas,
con la inerte caricia profunda
del joven dormido que violan las hadas

XVI

Y esto dijo Jesús, en tu abono,
cuando puso, en la jerga que hablas,
su perdón ilegal, que ha vencido,
y es esa, que gozas, legal tolerancia!

Tolerancia que va, paulatina,
como crece la fruta en la rama,
laborando, en tu ley, el derecho
de abrir su repliegue más hondo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
cuando echó, por tu bien, a su espalda,
no la cruz de tus culpas, que dicen:
¡La cruz de la imbécil sapiencia pasada!

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
fugitiva miseria de paja,
diminuto vibrón que conduces,
del plan del Eterno los hilos de llamas!

XVIII

No redujo su amor a linderos,
pero no fué su egoísmo el que amaba;
ni alcanzó la virtud, con ser ella,
de aquel soberano la mínima gracia;

ni logró la mujer ablandarle,
nada más que cubierta de faltas;
y a sus pies, en la cruz, retorcióse,
de celos del crimen, su madre sagrada!

XIX

Convirtió su fracaso en victoria;
y en reflejos de solio, su infamia;
y a la cruz de su muerte, en el signo
que besan y besan las hordas que pasan!

Se abrazó de lo vil, con sus brazos;
le sentó junto a Dios, que callaba;
y abrazados así, te sonríen,
cual dos prefulgentes deidades hermanas!

XX

Discurrió su criterio de madre,
por el haz de la recua postrada,
como ruedan, filtrando la nube,
girones de luna por sobre la piara;

Y un gemir de titanes vencidos,
y un hervor de sudores y llagas,
y un bramar de reptiles rebeldes,
subieron, cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que el paso de Febo,
por el aire sutil, se dilatan
resplandores difusos, que corren
por valles, y cumbres, y fuentes, y charcas,

La primera, la sola caricia,
de su pecho fluyó sobrehumana,
como el mar, como el sol, como el éter,
cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

¡Sí! ¡La fiera de ayer languidece!
¡sólo es puro el amor que no ama!
¡no son más que resortes que crujen,
los padres, los hijos, la aldea y la raza!

Como ya construídos los arcos,
las inútiles cimbras arrancas,
sobrará mucho barro de bestia
la vez que despliegues del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra, en la historia, su mole,
como azul eminencia lejana,
cuyos flancos enormes conquistan
los pueblos que crecen, a luengas jornadas!

Migración a la cumbre del Cosmos,
cuyas níveas regiones más altas,
cruzarás, si no abdicas, tan puro,
cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,
con su lívida frente de nácar,
sobre charcos malditos, preside
la prófuga serie de soles que bajan;

su perfil soñador de azucena,
rematando la cúpula humana,
como luz hecha flor, simboliza
la fúlgida serie de soles que avanzan!

CANTAR DE CANTARES

I

Níveo cáliz de magnolia
Decorando los retoños de la rama
Cual una ánfora de sueños—es tu frente!...
Sí, tu frente,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es el gótico remate de la rama.
Su divino corolario;
Es el grave, pausadísimo incensario
Cuya mirra de sapiencia por mi templo se derrama!

II

Radiaciones de las mieses,—
Rubias ondas encrespadas y brillantes
Y crugientes de los trigos,—tus cabellos!...
Tus cabellos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son las hebras rubícundas y brillantes
De la testa de las diosas
De las diosas imperiosas y graciosas
Con el casco de sus crines enrizadas y flotantes;

III

Como sellos de turquesas,—
De turquesas bien profundas, bien extrañas,
Bien azules como el aire,—son tus ojos!....
Sí, tus ojos.
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos piedras bien azules, bien extrañas,
Que clavaron los querubes
Que sumergen a los astros en las nubes,
Bajo el arco y en el fleco de tus cejas y pestañas!

IV

Florecitas de durazno
Que la veste de las auras amontona
Bajo el cielo de la tarde,—tus carrillos!...
Tus carrillos.
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son las flores que un arcángel amontona
Bajo el cielo de tus ojos,
Por los valles de rubores y sonrojos
Que divide tu severa naricita de matrona!

V

Cicatrices de caricias,—
Cicatrices de dos besos fraternales
De las almas de dos lirios,—tus hoyuelos!...
Tus hoyuelos,
Hija mía, madre mía, novia mía;

Son las huellas de dos besos fraternales
Que te dieron al venirte,
Que te dieron al salir a despedirte
Los dos ángeles más puros de los coros celestiales!

VI

Como pétalos de rosa,
Como pétalos de rosa purpurada,—
Purpurada como sangre,—son tus labios!...
Sí, tus labios,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos pétalos de rosa purpurada
Que cayeron en la nieve:
Son el borde que resuena, que se mueve,
De aquel vaso de Sajonia de tu barba nacarada!

VII

Blanco polvo sacarino
Que decora rojos néctares de fresas,
Tamarindos y granadas,—son tus dientes!...
Sí, tus dientes,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son azúcar en la crátera de fresas
De tu boca cuando ríes;
Son diamantes de Golconda que deslíes
En el bálsamo bendito de tus besos cuando besas!

VIII

Caracoles nacarados,—
Nacarados caracoles pequeñitos
De la playa de los mares,—tus orejas!......
Tus orejas,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son dos bellos caracoles pequeñitos
Que te llevan al augurio,
Que le llevan a tu espíritu el murmurio
De las cosas venideras, de los tiempos infinitos!

IX

Minarete de alabastro,—
Torrecilla de alabastro cimbradora
Cual pedúculo vibrátil,—es tu cuello!..
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es la blanca columnita cimbradora
Que se yergue y balancea,
Que se yergue columpiando la presea
De tus rizos, de tus ojos, de tu faz encantadora!

X

Como bloques de azucenas,—
Como bloques de azucenas de la aurora,
Tras la gasa de la niebla,—son tus pechos;
Sí, tus pechos,
Hija mía, madre mía, novia mía:

Son dos ramos de azucenas de la aurora
Que pusieron lasneesales.
Que pusieron, bajo tules virginales,
En el trono de Carrara de la Virgen mi Señora!

XI

Ramilletes maternales
De claveles y mosquetas y alelíes
Rodeados de cedrones,—son tus manos!....
Sí, tus manos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son tisanas maternales de alelíes
Para todos los dolores:
Napoleones del azúcar y las flores,
De vendajes y brocatos, de utensilios y rubíes!

XII

Mecanismo de diamantes,—
De diamantes en espumas incrustados
Por milagro de Natura,—son tus pies!...
Sí, tus pies,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son diamantes en aljófar incrustados;
Son motores cadenciosos.
Que golpean candenciosos y orgullosos
De sentirse con la gloria de tu cuerpo coronados!

XIII

Arreboles matinales,
Matinales arreboles como velos
Recamados de oro puro,—son tus ropas!..
Sí, tus ropas,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son celajes recamados como velos
Con la luz de la mañana,
Con la luz que va filtrando soberana
Por el tul abullonado del ropaje de los cielos

XIV

Bella página de un libro,—
Bella página de un libro de oraciones,
Con estampas bizantinas,—tus afectos!..
Tus afectos,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Son la página del libro de oraciones
Donde rezan los nenitos,
Donde buscan los nenitos, ¡pobrecitos!
Las Madonas y los Cristos de radiantes corazones

XV

Como cítaras angélicas,—
Como notas inefables de ocarinas
Que bajaran de lo alto,—tus acentos!....
Tus acentos,
Hija mía, madre mía, novia mía:

Son acentos inefables de ocarinas,
Ora tiples, ora graves;
Son escalas fugitivas de los claves,
Y vibrantes pizzicatos de las tiernas mandolinas!

XVI

Que llenase de fulgores el santuario
Como lámpara votiva
De algún pálido Eccehomo,—tu gran alma!...
Sí, tu alma,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Es la lámpara votiva del santuario
Que fulgura dulcemente,
Que derrama dulcemente, tiernamente,
Sus caricias luminosas en la cruz de mi Calvario!

XVII

Como el bíblico poeta,—
Como el Rey de los proverbios seculares,
Que no pasan, que no mueren,—yo te canto!
Sí, te canto,
Hija mía, madre mía, novia mía:
Con palabras que retumben seculares,
Que no pasen, que no mueran,
Que los hombres para siempre las profieran
Como el cántico sublime del cantar de los cantares;

CRISTIANAS

I

Aristarco feroz que acaricias
la labor de los otros, con garras,
de la propia manera que aquellas
mujeres sin hijos, los hijos que amparan:
no te guardo ojeriza ninguna
por el haz de laurel que me arrancas:
de la eterna belleza, padeces
la horrible, infecunda preñez sobrehumana!

II

Vanidoso doncel que paseas
con olímpico garbo, tus galas,
como el pavo oriental su plumaje
de rico záfiro con flecos de gualda:
yo doy paso cortés a tu enorme
personilla hiperbólica y vana:
la visión de Alcibiades, en ella,
brillando y rampante, contemplo que pasa!

III

Pretendiente sagaz que te doblas
refugiando en el pecho la cara.
Cuando surgen del sacro recinto,
los ojos que ofrecen al par que amenazan:

hay un corte sutil en tus labios,—
de tu estirpe de dios, atalaya,
que les haces reir, sin que rían,
de aquel que despojas echado a sus plantas.

IV

Clandestino malvado que vistes
con virtudes sociales, tus lacras,
lomo esconde su faz el abismo,
ce luz temoroso, con flores y zarzas;
do pretendo rasgar la careta
nue tu vida nocturna me ataja:
qo bendigo el instinto que cubre
yos públicos hombres de hipócritas gasas!

V

¡Iracundo varón que no alientas
nada más que rencor y venganza,
cuando, en pos de la injuria te vuelves
lo mismo que negra serpiente africana:
yo descubro, a pesar del acceso
que te impregna de hiel las entrañas,
como un rayo fugaz de justicia
rasgando lòs cielos profundos de tu alma!

VI

¡Obcecada matrona que buscas
del mancebo gentil, las miradas,
oe en la frígida noche, le sueñas,
d crépita Venus, mesando tus canas:

de aquel lúbrico mar que te asalta,
flota errante una célula excelsa
de madre que admira, de madre que aguarda!

VII

¡Maldiciente cruel que te places
refiriendo torpezas extrañas;
cuya lengua insidiosa circunda
las vidas ajenas de ruín filigrana:
no me aparto de tí, como aquellos
que no ven la belleza de nada:
me descubro y admiro al artista
que pinta con lodo y esculpe con daga!

VIII

¡Perezoso genial que reposas
mientras tejen su red las arañas,
a manera de islote flotante
que impelen, y besan y azotan las aguas.
Por debajo de aquella morbosa
laxitud exterior que te embarga,
el batán de la idea percibo,
cerebro sin brazos, noción sin palabra!

IX

¡Protegido del fuerte, del sabio,
de cualquier caridad soberana,
que repudias, y escupes, y muerdes
la mano refugio, la mano enseñanza:

yace un dejo de honor en la misma
miserable traición con que pagas:
toda vida completa es un cóndor
que hiende la cumbre si tiende las alas!

X

¡Mesalina glacial que abandonas
al anónimo estéril, tus gracias,
así como el agua de pública fuente
la sed de las turbas ignotas aplaca:
tú palpitas, impúdica virgen
de un esposo ideal, pasionaria:
en la rápida vez que le logras
la madre Natura bendice tu falta!

XI

¡Furibundo, protervo sectario,
de cualquier religión, entusiasta,
que por Dios, o la ley, o el derecho
torturas y violas, derribas y talas:
para tí, la bondad absoluta,
puramente reside en tu causa:
formidable espolón de abordaje
de cosas tan bellas, tan justas y mansas!

XII

¡Inspirado de Dios que desdoblas
de tu mente la púrpura sacra,
para echarla, en el día oportuno,
a donde la corte del César, aplauda:

yo he bajado a tu propia conciencia;
yo la he visto sombría y huraña,
cada vez que tu genio traspuso
las horcas caudinas del hambre y la fama!

XIII

¡Sacerdote de espíritu negro,
como lo es, por vacía, la nada,
que después de oficiar me bendices
trazando en los aires la cruz sacrosanta:
yo no sé qué poder te visita;
pero salgo cubierto de gracia:
miserable reptil que gobiernas,
incrédulo y frío, la fe y la esperanza!

XIV

¡Taciturno tirano que niegas
el sentido común de las masas,
para uncirlas al carro, inconscientes,
tal como a las mulas los ojos les tapan:
resplandece, en mitad de tu pecho,
circuída de sombras y miasmas,
la cesárea pasión del apóstol
que impone a los hombres su molde y su pauta!

XV

¡Coronado Iscariote que vendes
a la patria enemiga, tu patria,
como quien a su propio consorte,
de adúltero lecho, corriese las mantas:

yo diviso, a lo largo del tiempo,
la visión de lo vil que desgarra
la envoltura de un mundo celeste,
sin odios, ni muros, ni lenguas, ni razas!

XVI

No: ¡no existe el vacío absoluto
donde Dios derramó su palabra!
No; ¡no cabe la noche completa
allí donde gira la estrella de un alma!
¡Vive un juez prisionero en el hombre,
que jamás prevarica, ni calla!
¡Hay un golpe de luz en el fondo
de aquellas más viles vilezas humanas!

OLÍMPICAS

I

Vislumbrar una luz a lo lejos,
cuya luz en el yo se retrata,
cual se observa, a la vez, una estrella
rodando en el éter, rielando en las aguas:
es tener vocación y sentirla;
guerrear con divisa y con armas:
armas propias, divisa de fuego
que el arduo pasaje del héroe señalan.

II

Avanzar con la carne en el polvo,
carne vil que del polvo no se alza,
mientras forja la mente indomable
la escena y el cuadro, la estrofa y la estatua:
es haber aflojado las cuerdas
que a la torpe materia nos atan:
ostentar como el clásico Alcides,
la leche de Juno vibrando en la casta.

III

Recibir el dolor y sufrirlo
con no sé qué mental arrogancia,
cual pudieran sentir—si sintiesen,—
los nobles metales la acción de la fragua:

es tenerse por hombre y gozarse
en su propia virtud y sustancia:
merecer la corona de espinas
que es nimbo y diadema, que es yelmo y tiara.

IV

Aceptar el placer y vivirlo
con un dedo de hastío y nostalgia,
cual pudiera entregarse a los faunos,
forzada de Jove, la púdica Diana:
es probar un espíritu fuerte
refractario a las artes de Onfalia:
sacudir, todavía, en los hombros,
del ángel caído las místicas alas.

V

Sospechar una mano en la sombra
que combina fantásticos dramas,
que describe una red de caminos
por donde las fuerzas del orbe se lanzan:
es tener la intuición de la ciencia,
de una ciencia profunda y exacta,
que a esta suma de causas y efectos
supone un efecto; supone una causa.

VI

Esperar esa vida futura,
vida plena, sin nubes ni pausas,
donde todo es amable, y a donde
no cabe, siquiera, la cólera santa:

es sentir la pasión de lo hermoso
al supremo nivel exaltada:
presumir la estrategia sublime
de aquel que en el seno del tiempo trabaja.

VII

Percibir en la propia conciencia
la noción de lo bueno que canta,
como el eco de un mundo invisible
que es centro, y es fuerza, y es vida, y es gracia:
es tener un blasón sobre el pecho;
es llevar las insignias humanas;
es reinar sobre el lodo y las bestias
y ser hijo de Dios y ser alma!

MILONGAS CLÁSICAS

I

Aquí me pongo a cantar
Con cualquiera que se ponga,
La mejor, la gran milonga
Que se habrá de perpetuar.

Y voy a cantarte a tí,
Oh, mi chusmage querido!
Por que lo vil y caído
Me llena de amor a mí.

Por tí voy a descender
A detalles y simplezas;
La basura de tus piezas
Con mi espíritu a barrer!

A espulgar tu habitación
De sus hálitos perversos;
Y en el humo de mis versos
A curar tu corazón!

A rasgar esa barrera
Que juzgarte nos impide:
Necio muro que divide
La sonrisa más ligera!

Secular conglomerado
De no sé qué fruslería,
Que lo estrella, cualquier día,
Cualquier pecho apasionado.

A enlazarte, como a potro,
Dentro mismo de tu medio,
Para darte el gran remedio,
De un dolor besando al otro;

La más necia de tus prosas
A llenar de ricas galas,
Y a cubrir bajo mis alas
La más triste de tus cosas.

Con mis alas gigantescas,
Que la vez que se agitaron
Con su viento alborotaron
Como un polvo, a las ideas!

Negras alas musicales:
Que tendían su plumaje
Y extendían su cordaje
Violonchelos orquestales!

Que se abrían prodigiosas,
Y las plumas que perdían,
De ambiciones que gemían
Fueron alas poderosas!

Que subían ondeantes:
Y a su tardo movimiento
Se irizaba el pensamiento
De chispazos fulgurantes!

Que bajaban a los limbos
De las vidas esbozadas,
Y volvían tripuladas
De laureles y de nimbos!

Que ya cerca del ocaso
Le nacieron a mi vida:
¡Vieja tabla escarnecida
Con velámenes de raso!

Que a los piés de la Argentina
Volcarán tantos laureles,
Como hay bosques y verjeles
En América latina!

Que a la faz de los escombros
Del futuro más lejano,
Podrán verse desde el llano
Tremolar sobre mis hombros!

Que si Dios las maldijese
Y una sola me dejara,
Para echarme hasta su cara
De ella sola me valiese!

Que alzarían sin trabajo
Todo el orbe, todo entero:
Y se cierran, porque quiero,
Para escoba y estropajo!

II

Y lo quiero porque tejen
Manos próvidas mi tela:
A tí nunca te desvela
Que te salven o te dejen.

Ni te ablanda ni te asombra
Que se oficie en tus altares;
Te anestesian los pilares;
Que sostienes en la sombra

O tal vez en las aceras,
Donde hierven tus pasiones,
No penetran más razones
Que las grandes y primeras.

Y la nuestra, ocasional,
Pasará por tu destino,
Como rueda, en el camino,
La hojarasca florestal!

O los reyes de tu asfalto
Serán chispas estelares
Que perforan tus ijares
Porque bajan de tan alto

Y tus carnes, cuando brillas
Con siniestras llamaradas
Estarán acribilladas
De celestes banderillas!

O quizás no vendrán ellos
De otros mundos superiores
Y te nacen redentores
Cual te brotan los cabellos;

Y entre sueños y entre llantos,
Masa enorme, plebe impura,
Guardarás la levadura
De los héroes y los santos!

O tu informe corazón
Sufrirá, como la cera,
Los dedazos de cualquiera
Que domine tu emoción;

Y no pasa de la mano
Que te aprieta, tu reforma;
Y reviste nueva forma
Cada nuevo soberano:

Potestad, cuyo reflejo
Sobre tu ánima perdura,
Lo que vive la figura
Reflejada en el espejo!

O eres número, miriada,
Muchedumbre, nada más,
Y allá corres y allá vas
Con balidos de majada;

Con la fiebre del rincón,
Del mendrugo de la prosa...
Chusma vil, recua sarnosa
Que arrempuja el aquilon!

Indecisa voluntad
Que no quieres, que no pides:
Dios imbécil que divides
Con tu faz la eternidad!

III

O serán aquellos pechos
Que te aplauden o condenan,
Huecos parches que resuenan
Con el ruído de tus hechos;

Y es el hombre pensador
Concha estólida del mar,
Donde vibra, sin cesar,
Un insólito fragor!

Y esa gran filosofía
Que te llena de zozobra,
Será espuma, será sobra
De lo que haces cada día

Y te harán la curación
Por placer de recetar,
Simulando remediar
Males mil, que no lo son

Dulcamaras y bufones
Que con frases resonantes,
Pontifican de almirantes,
En un barco de Colones!

Microscópicos gusanos
Que una brizna no alzarían,
Y al sol mismo le dirían
Que lo incendian con sus manos!

IV

O acercándome de a pocos
Al país de las quimeras
He pisado las riberas
De los grandes y los locos.

He alcanzado las regiones
Vagorosas, etereas,
Donde asumen las ideas
Intangibles hilaciones;

Donde faltan materiales
Puntos lógicos de mira,
Y se corre y se delira
Por llanuras ideales;

Y mi seso baladí,
Tan fecundo y arrogante,
Desleído, agonizante,
Se derrama sobre tí!

V

O se apoyan en los dos,
Bien concretos y distintos,
Las pasiones, los instintos,
Las pracmáticas de Dios!

Y un olfato cerebral
Me conduce a tu morada,
Como aquel de la vacada
Que la lleva al manantial.

Y ese impulso arrolador
Es mi afan de la belleza,
Y me apoyo en tu tristeza
Cual un vil declamador;

O tu hedionda carnadura,
Me deleita y alucina,
Y me arroja en tu sentina
Mi pasión de la basura;

O tendré la vocación
De los hondos vasallajes,
Y remuevo tus vendajes
Por hacer consternación;

O cansado de la cruz
Del dolor y la conciencia,
Me refujio en tu inocencia,
Fujitivo de la luz;

O del hombre artificial
Me repugnan falsedades,
Y desamo habilidades
Por amor del animal:

O asustándome los recios
Pujilatos de la vida,
Busco el alma ya vencida
De los tristes y los necios;

O en el duro pedernal
De mi pecho masculino
Vibra un átomo divino,
De ternura maternal;

O finjí, por diplomacia,
Tu reforma y tu cuidado,
Y me tiene aprisionado,
Cual un pulpo, tu desgracia;

O de tanto cerebrar
Me circundo de visiones,
Que me muestran direcciones
Salvadoras al azar;

Y esos rumbos entrevistos
Creo yo que te convienen;
Noble afán que solo tienen
Los tiranos y los Cristos!

O padezco el hambre sacra;
Y me abismo en tus misterios,
Donde brillan los bacterios
De la luz, sobre tu lacra;

Y del vivo lodazal
Surjo luego refulgente,
Chorreando la caliente
Sangre azul del ideal!

O tendré tal cantidad
De virtudes y de llagas,
Que me vences, que me tragas
Por mi propia humanidad;

Y a las cosas que hay en mí,
Delicadas o terribles,
Vienen garfios invisibles
De las cosas que hay en tí!

Pues de tu alma secular
Seré un álito que sube;
Niebla triste, roja nube,
Grito trágico del mar!

VI

No lo sé. Ni debo nunca
Descubrirlo; no te asombres:
La novela de los hombres
Vale más que quede trunca!

Y es difícil y es ingrato
Demostrar lo razonable,
Y ¡no siempre es confesable
Cualquier móvil inmediato!

No hay hallazgo más traidor
Que acertar consigo mismo,
Ni más loco excursionismo
Que explorarse el interior!

Ni trabajo ni jornada
Donde un óbice no quepa:
Vale más que no se sepa
Los orígenes de nada!

Vale más que no analices
Los misterios de las cosas:
Se modelan a las diosas
Sobre torpes meretrices;

Se fabrican sacros panes
Profiriendo sacrilegios;
Y hospitales y colegios
Con limosnas de rufianes;

Porque siempre ha sido escoria
La razón de lo que brilla;
Y pelusa y arenilla
Los secretos de la gloria!

Horrorizantes de veras
Las acciones más gentiles:
Son muy necias o muy viles
Las verdades verdaderas!

Pero no te desesperes
Ni te abata el desconsuelo;
Cuando corta el escalpelo
Solo gimen las mujeres!

Pero aguarda que mi ment
Busque luz y tome bríos:
Bajo túneles sombríos
No se viaja eternamente!

Sobreponte a los horrores
Que mi péñola te pinta:
La verdad es una cinta
De muchísimos colores!

La verdad es camaleón
De apariencias infinitas:
Ni dos veces la meditas
Con la propia entonación!

Mira, pues, como la tomo
Mas amable, menos dura,
Y te muestro una figura
Colorida cual un cromo:

Pone un joven su taller;
Lo abastece y acicala....
¡Si es un nido, aquella sala,
Que dispuso una mujer!
....
De aquel nido encantador
Ya no queda ni la sombra:
Salibazos en la alfombra:
Y humo denso en derredor!

Polvorosos trapos viejos
Respirando trementina.
Y un espectro que camina,
Reflejando en los espejos!

Pero logra terminar
Su labor una mañana,
Y otra vez, cual una diana,
Vibra y suena aquel hogar!

Y otra vez, y sin control
Como en épocas dichosas,
Con los hijos y la esposa
Corre el aire y brilla el sol.

Y otra vez.... Pero no creas
Que aquel ser quedó sin dolo:
Como el cáncer y el vitriolo
Nos carcomen las ideas!

Miserables prostitutas
Que nos hieren y marchitan,
Y nos mandan y nos gritan
Como reinas absolutas!

Por debajo de la palma
Que ha de honrarle por sus días,
Sabe Dios qué vesanías
Le quedaron en el alma!

Sabe Dios.... Pero tampoco
Te alucine su victoria:
La corona de la gloria
No la ciñe cualquier loco!

Que si Dios no lo permite
No hay calórico que baste:
Por más leña que se gaste
Su metal no se derrite!....

Son las almas de combate
Manos puercas y callosas:
No las finas y olorosas
Y expresivas del abate!

No las llenas de donaire,
De tez cándida y pulida,
Que no hicieron en la vida
Más que cruces en el aire;

Sinó aquellas aguerridas,
Dolorosas, maculadas,
Como vendas empapadas
En el pús de las heridas.

Nace el río en los breñales
Y es tan puro por un trecho
Que a lo largo de su lecho
Ves rodar los pedernales:

Pero invade la llanura,
La fecunda y embellece:
Y aquel río no parece
Más que líquida basura!

Así manchan su cendal
Los heroicos, los amantes:
Por un cauce de diamantes
Van a dar al hospital!

Lleva el río entre sus ondas
Las materias más inmundas,
Y las vidas mas fecundas
Las vilezas más hediondas!

Y aquel río llega al mar;
Tenebroso, pestilente,
Cual un viejo maldiciente
Que regresa de sembrar;

Y esas almas y esas vidas,
A la duda y al vacío,
Como el viejo y como el río
Sin vigor y corrompidas!

Sí¡ La mínima faena
Nos enturbia como el agua,
Nunca salen de la fragua
Candideces de azucena!

Mucho barro hay que batir
En la vía del sepulcro:
No hay oficio menos pulcro
Que el oficio de vivir!

Ni más frágiles encantos
Que las alas de lo puro,
Ni agujero más obscuro
Que las almas de los santos!

VII

Pero, acuérdate de Dios
Que revuelve en sus marmitas
Las estrellas infinitas
Y el destino de los dos.

Pero piensa en Jehová,
Cuya grande mano sola
Rige el freno de la ola,
Que no sabe donde va;

Que al imperio y a la flor
Le jalona sus etapas,
Y hace estragos en los mapas
Con el odio y el amor;

Que descienden sin rumores
Al más ínfimo proscenio:
Y echa ciencia y echa genio
Sobre rústicos pastores;

Que se agarra de los cables
Del dolor y las pasiones,
Y hace ritmos y hace sones,
Y hace frases admirables!

Que hacia el bién nos precipita
Con envión irresistible,
Removiendo una terrible
Negra célula maldita!

Que no piensa corregir
Ni malvados ni truhanes:
Larga tropa de alacranes
Que conduce al porvenir!

Que no quiere hablar jamás
Condenable a la criatura,
Pues no tiene su natura
Ni de menos ni de más!

Y El distingue en el tropel
Del exodo hacia sus brazos,
Los brillantes aletazos
De las alas de Luzbel!

Que halla formas y halla modos
En escalas infinitas;
Y si tú lo necesitas
Pone un leño sobre todos!

Pues no sé por cual inquina,
Siempre ha sido su proyecto,
Deslumbrar a don Perfecto
Con un loco que adivina!

Dar destino a la pelusa,
Dar purezas a lo impuro,
Y evocar a su conjuro
Grandes almas de la inclusa!

Por probar en puridad
Que ninguno te gobierna:
Que es autónoma y eterna
La intangible humanidad!

Que pensar es recibir
Y volver las impresiones,
Y mandar a las naciones
Preguntarles y seguir!

Que la estirpe humana entera
Sufre mal de inteligencia.
Pues así la Providencia
Se apodera de cualquiera!

Pues el genio es inmortal
Y esparcido de tal modo,
Que anda en todo y sobre todo
Cual un gas universal!

Y así como, en su ocasión,
Muerde un cáncer en la herida,
Hace el genio su salida
Por cualquier combinación!

VIII

Al trabajo, pues, me apronto
Sin ninguna indecisión;
Por que sí,—por la razón
De lo heroico y de lo tonto!—

Pues me llama tu basura
Yo no sé de qué manera:
Por que sí,—por la primera
Gran razón de la natura!—

Y sin quejas, con la calma
Del sonámbulo que pasa,
Bruñiré toda tu casa
Con la seda de mi alma!

Cual un príncipe adornado
Con armiños y toisones,
Que escudriña los rincones
Más hediondos del mercado;

Buzo heroico que al bajar
Al abismo, no escuchara
Más que risas y algazara
De la turba popular!

Miserable corazón
Cuyos huérfanos latidos,
Ni tendrán agradecidos,
Ni hallarán admiración!

IX

Sí! Que borren con furor
Mis esbozos más amados:
Salitrales derramados
En terrenos de labor!

Sí¡ Que llenen de perfidias
Mis estrofas más preciadas:
Vil diluvio de pedradas
En los mármoles de Fidias!

Que arremetan Aristarcos
Con *Jesús* y con *Cristianas*:
Coaliciones de las ranas
Condenadas a los charcos!

Que me niegue y me rechace
La opinión de los estetas:
Cachorritos de mis tetas,
Sanguijuela de mi frase!

Que motejen de insanía
Mis fulgores cerebrales:
Viejos buhos sepulcrales
Deslumbrados por el día!

Que carcoman los girones
De mi vida torturada,
Plaga hambrienta apoderada
Del trigal de mis acciones;

Que no salven ni las buenas,
Ni las óptimas, aún;
Negro chorro de betún
Sobre campo de azucenas!

Que me quiten posición
Personal y literaria:
Charretera legendaria
Desprendida de un tirón!

Que chorreen por mi frente
Los dicterios que me arrojan;
Pan del pobre que remojan
En un caldo pestilente!

Que me dejen solo, solo,
Sin apoyo, sin escudo,
Cuál un párvulo desnudo
Sobre un témpano del polo!

Pero pueda yo bajar,
Carne sana y alma fuerte,—
Y en el antro de tu suerte
Revolver y escudriñar!

Azotarme a las bravías
Marejadas de tu llanto:
De tus penas saber tanto
Como entiendo de las mías!

Arrojar a los pantanos
De tu ser mi corazón:
Y saciarme la pasión
De los pálpitos humanos!

Y colgarme de la cruz
del contínuo sacrificio....
Y besar en ese vicio
Qué produce tanta luz!

Pero pueda mi ambición,
A tus propios pensamientos
Arrancar los elementos
De tu libre evolución!

Pero pueda conseguir
Enfocar tus facultades,
Y en tus propias claridades
Envolver tu porvenir!

Pero alcance que a mi ruego
Mi propósito perdura,
Y mi espíritu fulgura
Como látigo de fuego!

Que las rústicas cuartetas
De mi pobre sacrificio,
Hallen ánimo propicio,
En el Dios de los profetas!

Y al echarse sobre mí
Lo peor, lo más infame,
El Eterno te derrame
Su semblante sobre tí!

El Eterno te reparta
Por la frente y por las venas,
El espíritu de Atenas
Y la médula de Esparta!

Para que hagas más virtudes,
Y más luces, y más gloria,
Y más vida, y más historias
Con tus bellas multitudes!

Y tu joven corazón
Se dilate y equilibre,
Y entre libre y salga libre
Del taller de la pasión:

Y te informen sentimientos
Armoniosos, similares,
Cual se traban los sillares
De los grandes monumentos:

Y a Dios ames, y le adores:
Al progreso, y lo comprendas;
A tu patria, y la defiendas:
A tu hogar, y lo mejores!

Y algún nuevo fruto dés
Discurriendo con tu juicio;
Y al Tabor y al precipicio
Te conduzcas por tus piés!

Y en la civilización
La sazonen tus dolores,
Y trasuden tus errores
Manantial de perfección!

Y ya nunca te amontones
En postemas de ciudades:
Hormigueros de nabades,
De cobardes y bribones!

Y recubras la extensión
De tu tierra exhuberante,
Virgen núbil, delirante,
Que no encuentra su varón!

Y la beses, la poseas,
La contentes, la fecundes:
La desgarres y la inundes
De trigales y de aldeas!

Y no dejes decir más
Que no tienes enerjía: —
Yo tampoco debería
Recordártelo jamás!

Por que debes saber ya,
Antes que hablen otros hechos,
Que la tierra y sus derechos,
El trabajo nos los dá!

Que más tribu pasajera,
De la tierra apoderada,
Puede ser desalojada
Cualquiera vez por cualquiera.

Que la tierra no es colchón
Para enfermos y haraganes:
Es bigornia de titanes!
Pedestal de la ambición

Pero debe, todavía,
Saber más el patriotismo.
Tu trabajo por sí mismo,
No te dá soberanía!

El trabajo y la pasión,—
Herramientas de progreso,—
Si no sirven para eso,
No consagran posesión!

Inarmónica, excesiva
Vibración de un solo punto,
Que saliendo del conjunto
Rompe toda perspectiva;

Que se acoje con mohines
Naturales de protesta:
Tal sucede, si en la orquesta
Desafinan los violines.

Porque no es acción humana,
Por más lógica que sea,
Si en el mundo no flamea
Como nota de campana.

Ni es un hombre, quien al dar,
Solo un paso, solo un grito.
No creyó que lo infinito
Debe asirlo y resonar!

Ni has de hacerte, si no absorbes,
Y asimilas, y amas todo,
Y soportas de algún modo
Los andamios de lós orbes!

Si no sientes en la sombra
Más estólida y vacía,
Algun dedo que te guía
Y algún labio que te nombra!

Porque al hombre y las naciones
Lo real le bestializa,
Si a su ser no diviniza
Blando riego de ilusiones

Realidad: una ilusión
De los órganos, grosera!
Ilusión: la verdadera
Material penetración!

Realidad: lo que no vá
Más allá de lo que ves!
Ilusión: lo que es:
Es decir, lo que será!

Realidad: inapreciables,
Fujitivos, negros puntos,
Que jamás divisan juntos,
Tus mil ojos miserables!

Gas de bestia que derrama
De sí misma la natura,
Para medir la estatura
de la perfección humana!

Estatura, proporciones,
Que seguimos asumiendo,
Según vamos dividiendo
Con la faz, las ilusiones!

Las ilusiones, que son
Como flotantes hilitos,
Por do van los angelitos
De visita al corazón!

Cinta azul con que te atas
A la cúpula del cielo,
Por no hacer, en este suelo,
Tu escursión a cuatro patas!

Palomar en libertad,
Que a traer su rama vuelve.
Ideación que se resuelve
En belleza de verdad!

Vegetación invisible,
Fleco mágico de antenas,
Con que a tientas encadenas
Lo posible a lo imposible!

Alma máter que perdura
En la muerte y la ruina:
Más excelsa, más divina,
Sin humana carnadura!

Como Grecia soñadora,
De cuyos mármoles fríos,
Brotan chorros, manan ríos,
Vibran torrentes de aurora!

Como Roma la pagana,
Que a la luz del sol moría,
Y a la faz de Dios se hacía
Civilización cristiana!

Como el histórico Godo,
Rey genial del mundo entero;
Que se queda caballero
Después de perderlo todo!

Como aquella noble Francia,
Que a través del infortunio.
Cual un triste plenilunio
Nos alumbra a la distancia.

Pero arriba del estrago,
Aquella alma no palpita,
Cuando es ella la maldita
De Fenicia y de Cartago!

No; Nadie es fuerte ni sube
Apesar de los fracasos,
Si jamás tendió los brazos
Para asirse de una nube!

Si alguna vez no agarró,
Lleno de confianza y brío,
Las aldabas del vacío,
Para subir.... y subió!

Sí; que caiga todo mal
Sobre mi cerebro insano,
Como el mazo de Vulcano
Sobre un globo de cristal!

Pero aspira, pero debe,
Pero absorbe las virtudes,
Por tus nobles altitudes,
Tus mujeres y tú plebe!

Para que claves los hitos
Del mayor esfuerzo humano;
Y llegues íntegro y sano
Al fin de los infinitos!

Y al acostarte de bruces,
En el límite postrero,
Se ilumine el orbe entero
Con tu corona de luces!

Y Dios al verte dormido,
Sobre todo su progreso,
Te dé la paz con su beso
Como a su pueblo elegido!

Y en los ámbitos profundos
De toda la creación,
Resuene la aclamación
De las almas y los mundos!

Y volando en tu redor
Muchedumbre de naciones,
Formen lemas y blasones,
Y arcos de triunfo en tu honor,

Y en silencioso tropel,
Las tristes y las vencidas,
Te ofrenden, agradecidas,
Mustios gajos de laurel!

Y postrados entre tanto,
Arcángeles, querubines,
Angeles y serafines,
Digan: santo, santo, santo!

Y en medio de aquel diverso
Clamoreo interminable,
Una mano formidable,
Te presente al Universo.

Y que cese todo afán,
Y calle todo clamor,
Y que diga el Creador:
Estás terminado, Adan!

DIOS TE SALVE

I

Cuando se haga en ti la sombra;
cuando apagues tus estrellas;
cuando abismes en el fango, más hediondo, más infecto,
más maligno, más innoble, más macabro,—más de muerte,
más de bestia, más de cárcel,—
tu divina majestad:
no has caído, todavía
no has rodado a lo más hondo....
Si en la cueva de tu pecho más ignara, más remota,
más secreta, más arcana, más obscura, más vacía,
más ruin, más secundaria
canta salmos la Tristeza,
muerde angustias el Despecho
vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de sonrojos,
se hace un nudo de ansiedad.

II.

Los que nacen tenebrosos;
los que son y serán larvas;
los estorbos, los peligros, los contagios, los Satanes,
los malditos, los que nunca,—nunca en seco, nunca siempre
nunca mismo, nunca nunca,—
se podrán regenerar:
no se auscultan en sus noches,
no se lloran a sí propios....
se producen imperantes, satisfechos,—como normas,
como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
como básicos puntales—
y no sienten el deseo
de lo Sano y de lo Puro
ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante
de su arcano cerebral.

III

Al que tasca sus tinieblas;
al que ambula taciturno;
al que aguanta en sus dos tomos,— como el peso indeclinable,
como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos;
de cien razas delincuentes,—
su tenaz obcecación;
al que sufre noche y día,—
y en la noche hasta durmiendo,—
como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta,
como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos,
como un callo apostemado
la noción de sus miserias,
la gran cruz de su pasión:
yo le agacho mi cabeza: yo le doblo mis rodillas;
yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te salve...
¡Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame del Dolor!

APOSTROPE

(Para mis amigos los Doctores Don Carlos Madariaga y Don Francisco A. Barroetaveña).

I

Mentecato razonante,—amoral y razonante,
amoral y atrabiliario,—
como aquellos Federicos, tus abuelos,
como aquel tu regio primo que arrojaron a las ondas:
tragicómico.
Personaje de Molière incorporado a la técnica de Hugo:
un mediocre, un secundario,
con desplantes de Nerón, declamatorio y homicida:
medio histrión, medio chacal.
Dulcamara de las artes y las letras
que profanas los prodigios del ingenio
grave y hondo,
noble y fuerte,
de los jóvenes artistas de Alemania,
con los necios cascabeles petulantes
y los místicos remiendos incongruentes
de tu inflada [illegible],
de tu enorme fatuidad.

II

Dictador de un pueblo manso,
que a virtud de un cientifismo más brutal que los azotes,
le has hundido en el abyecto
gran tragín de los insectos laboriosos:
en su helado mecanismo;
en aquella disciplina de colmena,
que persigue un fin estraño a las abejas.

Democracia encasillada,
donde todos son felices,—donde todos
dan la misma sensación de los felices,—
porque nadie es personal.
Democracia de inconscientes,
de resortes aceitados,
incapaz de las preñeces inefables,
de las madres de los Cristos.
Democracia subalterna, sin historia,
que es idéntica por siempre
de una punta a la otra punta de los tiempos....
¡que es la misma democracia miserranda
que conduces al asalto en batallones,
y la misma que desdoras,
sometida a las liturgias de la higiene
como un torpe lupanar!

III

Mientras tú, —zángano y pulpo,
hiperbólico parásito,
tenebroso,—
te reservas el derecho de ser libre,
de ser hombre, de ser loco,
de ser genio extravagante,
de dar rienda a tus impulsos;
porque Dios así lo quiere, porque Dios así lo manda,
porque Dios te necesita
para el logro de sus planes y designios....
Charlatán.

IV

Asesino coronado,
con las manos empapadas en la sangre de millones de
[inocentes;
de mujeres y de niños y de ancianos,—
base y cumbre de la vida;—
de ignorantes campesinos y de bestias de labranza,—
compañeras de los tristes y los pobres
y factores de riqueza y alegría
como el pobre y como el triste.—
Impostor, grotesco Atila, descendiente putativo
del monarca de los Hunos,
tragediante,
cuyas manos sumergidas en la sangre de cien pueblos,
ya no manchan lo que tocan
con la sangre que destilan;
porque todo está sangriento,
porque todo está purpúreo, como un coágulo fantástico:
tierra y mar.
Mitológico demonio,
cuyas fauces, cuyos cuernos,
cuyas garras y pezuñas chorreantes
en la sangre generosa de la flor de los varones,
dejarán por luengos años apagadas
las antorchas de Himeneo;
las tribunas populares sin apóstrofes
como bocas desdentadas y sin lengua;
polvorosos y vacíos y yacentes
alambiques y retortas;
el taller de los artistas infecundo,
pues las musas,—
que se entregan ellas mismas al ingenio
de mancebos y de ancianos,—
no darán a otra mujer todas sus gracias;—

mudo y frío,
mudo y trágico,
como un alma bajo el peso de su crimen,
el taller de los obreros,—
maculado con la sangre de los parias de la tierra
y acusado, por la suma de los tiempos y los hombres,
de traición y fratricidio;—
los terrenos de labor,—ayer gloriosos
como el vientre de las madres campesinas,—
hoy siniestros y baldíos,—
deshonrados y horadados
por las furias de la guerra,
cual pudiera deshonrarlos y horadarlos
un ejército de búfalos en marcha,
una piara fabulosa;—
las ciudades enlutadas;
los caminos solitarios;
los portentos seculares de alarifes ignorados,—
cuyas torres, como súplicas de piedra,
se perdían en las nubes,—
convertidos en refugios de alimañas:
las aldeas,—visitadas por los lobos,—
reducidas a unos viejos y unos niños
haraposos, macilentos, lamentables:
sin honor la humanidad.

V

Invasor indiferente como un bruto,
cual un asno enfurecido,
cual un férvido bisonte trashumante
que no ve lo que destruye con sus patas,
en su fiebre ambulatoria,
en sus ansias de migrar;
invasor indiferente
a lo bello, lo sagrado y lo indefenso,—

que están siempre por arriba
de la cólera del hombre,
como un niño en sus pañales,
como el sol en su dominio sideral;—
destructor de catedrales portentosas,
y colegios, y hospitales, y ambulancias,
y barcazas pescadoras,
y ciudades tan abiertas como el cielo,
y poblados tan risueños e inocentes
como el patio de una escuela:
por jactancia,
por barbarie enardecida,
por llenar de espanto al mundo,
porque así lo hicieron antes los Atilas y Alaricos:
por maldad.
Incendiario de las granjas admirables
de los belgas y franceses;
de jardines y de huertos deliciosos;
de viñedos seculares;
de yocundas, lujuriantes sementeras,—
sudor mismo de los mansos
y alimento de los pobres y los ricos;—
sementeras melodiosas como arpas
y doradas y flotantes como túnicas de oro,
que sembraron manos próvidas y fuertes....
¡más augustas y más fuertes que las tuyas,
ruin taroso,
asimétrico inservible,
mutilado por herencia desde el seno de tu madre,
sanguijuela de los otros,
incapaz de arar un palmo de terreno,
de sembrar cuatro puñados de simiente,
de moler un haz de trigo,
de amasar un solo pan!

VI

Asesino de Miss Cavell;
victimario de mujeres;
victimario de mujeres más heroicas
que tus rudos almirantes,—
que los rudos almirantes
de los barcos de tu escuadra embotellada;—
más heroicas que tu ejército de topos,—
inventor de laberintos, y tuneles,
y trincheras subterráneas,—
que rehuye los encuentros singulares,
las batallas frente a frente
brazo a brazo,
pecho a pecho,
bajo el sol y a sol medido:
a lo César y Alejandro,
San Martín y Bonaparte,
suete a suerte, genio a genio, faz a faz.

VII

Asesino de Miss Cavell;
asesino sin entrañas de mujeres estupendas,
imponentes, sobrehumanas:
superiores al estrago.
superiores a su carne femenina,
superiores a la muerte,
como santas, como diosas;
que cruzaban impasibles bajo el fuego formidable
de tus horridos cañones,
por la zona pestilente de tus gases asfixiantes,—
tan hediondos como tu alma,—
sin más yelmo que sus tocas,
sin más armas de defensa que una cruz atada al brazo;

arrastradas al fragor de la contienda,—
como madres que buscaran a sus hijos
a través de los tizones de un incendio,—
conducidas al infierno colosal de los combates,—
¡oh, sonámbulas sublimes!
por el ¡ay¡ de los heridos,
por la sangre borbotante de los pechos,
por los hipos de agonía,
por la súplica sin ayes de unos ojos nunca vistos,
por el gesto indefinible de los héroes moribundos,—
de los pálidos obreros y aldeanos moribundos,—
que al mirar a la enfermera,
como en síntesis suprema de visiones anteriores,
ven en ella a sus hijitos, a sus padres,
a su esposa, a sus hermanos;
ven en ella a sus amigos y la torre de su pueblo,
que ya nunca,—
nunca, nunca,—
ni despiertos ni dormidos,
verán más,
soñarán más.

VIII

Mientras tú, bajo tus cotas, tus corazas y tus cascos—
fiera indigna de sus garras,—
sumergido en lo más hondo de tus autos imperiales,
artillados y blindados como andantes fortalezas;
custodiado por tu guardia y tus aviones,
en la tierra y en los aires,—
como un mísero Heliogábalo lloroso,
como un viejo Ganímedes angustiado,
inferior a las mujeres
del harem y el gineceo,—
estallabas en histéricos chillidos
azuzando a tus mesnadas

más atrás de tus fortines y tus fosos,
        más atrás de tus reservas,
más atrás de los fogones donde hierven tus marmitas,
más atrás del más cobarde de los tuyos......
        ¡más atrás!

IX

Imperial infanticida; rey Herodes;
ogro enorme de los párvulos de Bélgica,
a los cuales perseguiste por las calles,
        por las plazas, por los campos,
        por las cuevas y los montes,—
        tigre suelto,—
        hasta el pié de los santuarios
        y el regazo de sus madres;
        angelitos intangibles,
        querubines inviolables
en su vida, su candor y su belleza,
        para Dios y para el hombre:
a los cuales arrancaste las pupilas,
        mutilaste las dos manos,
        profanaste y degollaste,—
        gran maldito,—
por envidia, por venganza, por bestial represalía:
        padre triste,
        padre lleno de vergüenza,
del borracho incorregible, del imbécil incurable,
        que ha de ser, si Dios no media,
como el propio Carlos Quinto de Alemania,
        magestad!

X

Corruptor de la conciencia de los hombres;
musa roja de filósofos y sabios,
        de políticos y estetas:
        Mefistófeles.

Seductor de la gran Virgen,—
de la hija cerebral del padre Zeus;
de la hermética Minerva;—
cuyo pecho saturaste de pasiones inferiores,
de satánicos instintos;
cuyos sesos inefables,
armoniosos, fulgurantes como astros,
sometiste a pensamientos tenebrosos,
disolventes, agresivos:
al pensar de las raposas, si pensasen,
y al ardor del alacrán.
Animal apocalíptico; precursor de las tinieblas,
enemigo del derecho y la justicia;
enemigo de los hombres;
Anticristo.

XI

En un mundo tan estrecho y fugitivo
cual un campo de gitanos,
que hoy es vida clamorosa
y mañana soledad;
en un mundo tan endeble y reducido,
tan astroso y vacilante
como el triste carromato gemebundo,
donde ultrajan a Talía por las plazas y las ferias,
los histriones derrotados,
los tediosos comediantes derrotados,
que darían los imperios de la tierra
por un pan;
en un mundo tan pequeño como éste,
tan pequeño y deleznable,
como el punto deleznable
que un insecto deleznable,
deposita en la bruñida superficie
de una copa de cristal;

en un mundo como este en que nacimos,
así frágil y menguado,
así vil y transitorio,
que hoy es nota bien precisa en el espacio
y mañana no será:
no hay siquiera la esperanza
de una vida y una forma permanentes:
no hay el ámbito geográfico bastante,—
ni alargándole su diámetro
hasta dar con el volumen de cien soles;—
no habrá nunca
ni metales, ni carbones, ni bastantes calorías,
ni energías suficientes,
ni apropiadas resistencias,
para el horno,
para el cráter,
para el círculo dantesco,
para el báratro sin fondo y sin orillas,
para todos los abismos inflamados
que te deben supliciar.
No; la tierra es tan fugaz, tan reducida
como un campo de gitanos:
para tí la Eternidad.

XII

Y la historia es un momento,
una mísera palabra,—
una mísera palabra que resuena altisonante,—
un clamor en el desierto, nada más.
Son los siglos como un sueño:
eran nada y se hacen nada,—
nada misma, olvido mismo: noche y paz.—

Los archivos van al polvo
y a la sombra impenetrable
de un lenguaje incomprensible,
como cuento de otros mundos,
como el verbo de unos seres que no fuesen
ni siquiera el antropoide,
ni siquiera una vislumbre de razón,
de humanidad.
Los azotes de la Historia no castigan:
crean dioses;
crean tipos fabulosos, mitológicos,
arrastrados al dolor por el destino;
condenados al delito por las horas,
sometidos al horror de la tragedia,—
del incesto al parricidio,—
por las fuerzas del ambiente;
porque así lo dispusieron las costumbres,
las pasiones imperantes,
los impulsos del momento,
las herencias y atavismos: lo fatal.
No; la Historia es un momento, una mísera palabra,
una mísera palabra que resuena altisonante:....
Para tí, para la serie
larga y negra de tus crímenes horrendos,
cien millones, mil millones de centurias
son un soplo.
Te reclaman los archivos de lo eterno:
vida eterna; fuego eterno, llanto eterno,
sin Plutarcos,
sin siquiera la sonrisa de Caín el fatricida:
dolor pleno, dolor sumo, dolor puro
por los siglos de los siglos;
y en aquella angustia eterna,
tú y Satán.

La Plata, diciembre 29 de 1915.

A JUAN MÁS Y PÍ

(*En el fondo del mar*).

Era tu vida tal, tan sin pecado,
tan bellamente bondadoso fuiste,
que en el seno del mar, donde moriste,
sabe Dios cuántas perlas han brotado.

Y ese mar amarguísimo y malvado
que te vió perecer.... ¡y tú no viste!.....
avergonzado de sí mismo y triste
nunca más será pérfido y salado.

En el crestón de peñas submarinas
en que chocó tu frente soberana,
un faro se alzará de luz arcana
como una encarnación de tus doctrinas.
¡El mostrará las rutas argentinas
a la esperanza humana!

SONETO

No te des por vencido, ni aun vencido,
No te sientas esclavo, ni aun esclavo;
Trémulo de pavor, piénsate bravo,
Y arremete feroz, ya mal herido.

Ten el tesón del clavo enmohecido,
Que ya viejo y ruin vuelve a ser clavo;
No la cobarde intrepidez del pavo
Que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios que nunca llora,
O como Lucifer que nunca reza,
O como el robledal, cuya grandeza

Necesita del agua y no la implora......
¡Que muerda y vocifere vengadora
Ya rodando en el polvo tu cabeza!

SONETO

Ser bueno, en mi sentir, es lo más llano,
y concilia deber, altruismo y gusto;
con el que pasa lejos, casi adusto,
con el que viene a mí, tierno y humano.

Doy la razón al triste y al insano
mal que le pese a mi pensar robusto,
y en vez de andar buscando lo más justo
hago yunta con otro y soy su hermano.

Sin meterme a Moisés de nuevas leyes,
doy al que pide pan, pan y puchero,
y el honor de salvar al mundo entero,

se lo dejo a los genios y a los reyes......
Hago, vuelvo a decir, como los bueyes:
mutualidad de yunta y compañero.

¡VERA VIOLETA!

En pos de su nivel se lanza el río
Por el gran desnivel de los breñales;
El aire es vendaval, y hay vendavales
Por la ley del no —fin del no—vacío;

La más hermosa espiga del estío
No sueña con el pan en los trigales;
El más noble panal de los panales
No declaró jamás; yo no soy mío:

Y el sol, el padre sol, el raudo foco
Que fomenta la vida en la natura,
Por fecundar los polos no se apura,
Ni se desvía un ápice tampoco....

¡Todo lo alcanzarás; solemne loco,
Siempre que lo permita tu estatura!

¡MOLTO PIÚ ANCORA!

El mundo miserable es un estrado
Donde todo es estólico y fingido,
Donde cada anfitrión guarda escondido
Su verdadero ser, tras el tocado.

No digas tu verdad ni al más amado;
No demuestres temor ni al más temido;
No creas que jamás te hayan querido
Por más besos de amor que te hayan dado.

Mira como la nieve se deslíe
Sin que apostrofe al sol su labio yerto,
Como ansía las nubes el desierto
Sin que a ninguno su ansiedad confíe....

¡Trema como el Infierno; pero ríe!
¡Vive la vida plena, pero muerto!

LA YAPA

(Soneto).

Como una sola estrella no es el cielo,
Ni una gota que salta, el Oceano
Ni una falange rígida, la mano,
Ni una brizna de paja, el santo suelo:

Tu gimnasia de cárcel no es el vuelo,
El sublime tramonto soberano,
Ni nunca podrá ser anhelo humano
Tu miserable, personal anhelo.

¿ Qué saben de lo eterno las esperas;
De las borrascas de la mar, la gota
De puñetazos, la falange rota;
De harina y pan, la paja de las eras ?

¡ Detente ! por piedad, pluma, no quieras
Que abandone sus armas el ilota !

¡AVANTI!

(Soneto).

Si te postran diez veces, te levantas
Otras diez, otras cien, otras quinientas....
No han de ser tus caídas tan violentas
Ni tampoco por ley han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las plantas
Asimilan el humus avarientas,
Deglutiendo el rencor de las afrentas
Se formaron los santos y las santas.

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
Nada más necesita la criatura,
Y en cualquier infeliz se me figura

Que se rompen las garras de la suerte....
¡Todos los incurables tienen cura
Cinco segundos ántes de la muerte!

NADA

En el mar de la esperanza
Boga el hombre de contínuo,
Ora errante, ora en bonanza,
Ora en oculto camino.
En la frente desconfianza
De su incógnito destino,
En el pecho vanagloria,
En el recuerdo una historia.

Sigue así, de cada luna
Mirando la faz serena,
Como la humilde laguna
Siempre besando la arena
Sin recompensa ninguna
A su ignorada faena:
Porque es su afán vanagloria
Y siempre igual es su historia.

Pasan años siempre ciego,
Llega al fin de su calvario,
Y afán y gloria van luego
Al fondo vil de un osario,
¡ Tanto valor, tanto fuego
Extingue un leve sudario !
Es la vida, camarada,
Llama, estopa, viento.... y nada¡

CASTIGO

«De mi juventud».

I

¡Yo te juré mi amor sobre una tumba,
    sobre su mármol santo!....
¿Sabés tú las cenizas de qué muerta
    conjuré temerario?
¿Sabes tú que los hijos de mi temple
    saludan ese mármol,
con la faz en el polvo y sollozantes
    en el polvo besando?
¿Sabes tú las cenizas de qué muerta,
    mintiendo has profanado?....
¡No lo quieras oir, que tus oídos
    ya no son un santuario!
¡No lo quieras oir¡.... Como hay rituales
    secretos y sagrados,
hay tan augustos nombres que no todos
    son dignos de escucharlos¡

II

Yo te dí un corazón joven y justo....
    ¡por qué te lo habré dado!....
¡Lo colmaste de besos, y una noche
    te dió por devorarlo!

Y con ojos serenos.... El verdugo,
que cumple su mandato,
solicita perdón de las criaturas
que inmolará en el tajo!....
Tú le viste serena, indiferente,
gemir agonizando,
mientras su roja sangre enrojecía
tus mejillas de nardo!
Y tus ojos.... ¡Mis ojos de otro tiempo
que me temían tanto!....
Ni una perla tuvieron, ni una sola:
eres de nieve y mármol!

III

¿Acaso el qué me roba tus caricias
te habrá petrificado?
¿Acaso la ponzoña del Leteo
te inyectó a su contacto?
¿O pretendes probarme en los crisoles
de los celos amargos,
y me vas a mostrar cuánto me quieres,
después, entre tus brazos?....
¡No se prueban así, con ignominias,
corazones hidalgos!
¡No se templa el acero damasquino
metiéndolo en el fango!
Yo te alcé en mis estrofas, sobre todas,
hasta rozar los astros:
tócale a mi venganza de poeta,
dejarte abandonada en el espacio!

EN EL ABISMO

Para una jóven.

Me pides versos y voy,
sin poner y sin quitar,
para tu bien, a mostrar
lo que por dentro yo soy.
Para que comiences hoy,—
pues hoy mismo debe ser,—
resueltamente a romper
ese camarín rosado
donde me tiene guardado
tu corazón de mujer.

II

Yo soy el negro pinar
cuyo colosal ramaje,
cual un colosal cordaje,
no cesa de resonar;
soy el resuello del mar,
del mar augusto y perverso;
la repercusión, el verso,
la placa donde resuena
la formidable y serena
rotación del Universo.

III

Yo soy la brillante flor
con cuya sutil esencia
corta o alarga la ciencia
los dominios del Dolor;
yo siento el sacro furor
del Oráculo demente
y alumbra o quema mi frente
con su genial llamarada,
cual una zarza incendiada
que se retuerce doliente.

IV

Yo no podré cavilar
por más cavilar que quiera:
cual un insecto cualquiera
me desempeño al azar,
cual un sistema solar
me desdoblo en el misterio,
cual un ínfimo bacterio
me debato en el vacío,
cual un torrentoso río
busco la mar sin criterio.

V

Yo voy en recta fatal
hacia mi primer deseo;
yo no palpo, yo no veo
los muros de lo real:
jamás la fiebre carnal

conturbó mi luz interna:
ni por feroz ni por tierna
la pasión me deja rastro....
¡Yo palpito como un astro
dentro de la paz eterna!

VI

Yo voy con el alma ufana
por más dolor que me oprima:
yo marcho por más que gima
toda mi miseria humana.
Yo siempre tuve por vana
la lengua de la opinión:
yo no indago la razón
del can que ladra mi sombra:
yo me río y hago alfombra
de cualquier admiración.

VII

Yo consigo la verdad
sin buscarla mucho rato:
yo procedo por mandato
de la Gran Fatalidad.
Yo a la necia humanidad
la menosprecio y desgarro:
con las llantas de mi carro
de surcos hondos la lleno,
cual si corriese sin freno
por una pampa de barro.

VIII

Y como el negro pinar,
cuando se pone a gemir,
ni pretende seducir,
ni pretende amedrentar,
yo no intento gobernar
las riendas del corazón:
pero yo no sé qué don,
qué providencia, qué ley
me habrá consagrado rey
del reino de la emoción.

IX

Por mí, tal vez, retroceden
los tiempos meditabundos,
como abren plaza los mundos
para que los mundos rueden;
cual se licúan y ceden
los hielos con el calor;
como bregan sin rumor
las fuerzas universales,
porque rían los rosales
con los labios de la flor.

X

Por no sé qué maldición
yo nací con una estrella,
como nacieron con ella
Moisés, Jesús y Nerón.
Para mi modelación

tuvo Dios un ideal,
pues me consumó cabal,
ras con ras de mi destino
cual pudiera un asesino
labrar su propio puñal.

XI

Yo no tengo obligación,
como los demás mortales,
de presentar bien cabales
las cuentas del corazón.
Yo siento la persuasión,
la vez que me precipito,
de que voy en pos de un grito
que se dilata en la sombra:
de que me besa y me nombra
la boca de lo Infinito.

XII

Yo soy el buen soberano
de todas las almas mustias;
yo consuelo las angustias
de lo sucio y de lo insano.
Por eso cuando más vano
me yergo sobre mi nada,
si cruza la bocanada
del cubil o del hospicio,
mi gran corazón patricio
se renuncia y anonada.

XIII

Yo siento por el dolor
de la chusma miserable,
la suprema, la inefable
maternidad del amor.
Yo siento el mismo fervor
del Cordero supersanto;
fervor tan profundo y tanto
que tendrá que vaporarme
y en la miseria regarme
como un diluvio de llanto.

XIV

Y como los grandes son
nada más que chusma vil
que desertó su cubil
por pura combinación,
cuando vuelven al montón
doloridos y maltrechos,
yo les entrego mis pechos
como la loba romana....
¡ tan sólo la sobra humana
tiene sobre mí derechos !

XV

Yo proclamo lo que digo
sin meditar lo que dije:
ni me asombra ni me aflige
pensar que me contradigo.
Cualquier ideal persigo,

pues todos los hallo buenos:
los magines están llenos
de juicios que no se avienen
y las mismas cosas tienen
mil razones por lo menos.

XVI

Yo no pienso conjurar
la sociedad que me azota:
ni la sueño como gota
ni me asusta como mar.
¿Ni quién la podrá pensar
nada más que como nada?
¿ni quién la vió coronada,
sino por pura ficción?
¿ni quién le dió más razón
que su razón de majada?

XVII

Como perdura el visaje
y el ademán del histrión
lo que dura en la ficción
del drama, su personaje:
así la faz del chusmaje
pone su gesto en la historia;
así el alma sin memoria
de la perdurable sierva
ni merece ni conserva
los dedazos de la gloria.

XVIII

Como creemos dormidos
que duros bronces labramos,
como al despertar hallamos
los bronces desvanecidos:
sólo son los redimidos
por toda predicación,
duros bronces de ilusión
que no tienen de real
nada más que su infernal
trabajo de forjación.

XIX

Pero yo no quiero ser
ni riel, ni pauta, ni estrella:
como el hacha y la centella
corto y caigo sin querer:
tengo la pasión de hacer
cual un motor de mi pecho:
voy al caso, voy al hecho,
yo no sé por qué pendiente....
como un niño que no siente
que duerme sobre su lecho.

XX

Sólo sé que soy mejor
por lo que me dejan solo:
si lo mejor es un polo,
no es polo de lo peor.
De mi estirpe superior

yo no estaría tan cierto,
si no me viese cubierto
de tétricas imposturas,
como el mar y las alturas,
las tinieblas y el desierto.

XXI

Como en seguros corrales
necios pavipollos pían,
mientras al sol desafían
las águilas imperiales:
los pavipollos mentales
militan en la legión
que murmura en el rincón
del establo de la prosa....
¡Cobarde recua sarnosa
que se rasca en la razón!

XXII

Mi hogar, si tuviera hogar,
sería un huerto sellado;
tan solemne, tan aislado
como una roca en el mar.
Nido azul,—nido y altar,—
todo en él, luz y armonía;
pero a la primer falsía....
¡todo en él, espanto y duelo
como si el alma de Otelo
resplandeciese en la mía!

XXIII

Yo respeto en la Mujer
a la madre, nada más,
y jamás, nunca jamás,
por su igual me ha de tener.
Virgen roja en el taller,
toga ilustre en los procesos,
verbo mismo en los congresos
y genio mismo en las artes;
pero allí y en todas partes....
¡ catedrática de besos !

XXIV

Yo soy de tal condición
que me habrás de maldecir;
porque tendrás que vivir
en eterna humillación.
Soy el alma, la visión,
el hermano de Luzbel,
que impotente como él,
como él basfema y grita:
sobre mi testa gravita
a maldición del laurel.

XXV

Como las aguas del mar
al muro que las encierra,
yo quiero poner la tierra
bajo mis pies y avanzar.
Ser un padre, ser un zar

todo miel, todo perdón....
¡ o ser la nada en acción
cuyas tenias inhartables
sorbiesen inexorables
sol por sol, la Creación !

XXVI

Yo soy un palmar plantado
sobre cal y pedregullo:
la floración del orgullo,
del orgullo sublimado.
Soy un esporo lanzado
tras la procesión astral;
vil chorlo del pajonal
que al par del águila vuela....
¡ sombra de sombra que anhela
ser una sombra inmortal !

XXVII

Yo, cada vez que me río,
pienso que ríe algún otro;
y cual si domase un potro
no me trato como a mío.
Soy la expresión del vacío,
de lo infecundo y lo yerto,
como ese polvo desierto
donde toda yerba muere....
¡ Yo soy un muerto que quiere
que no le tengan por muerto !

XXVIII

Puesto que conoces ya
la filiación, el prontuario
del rimador visionario
que mordiendo angustias va:
y pues que tu alma, quizá
por ser alma de mujer,
ha de obstinarse en querer
lo que no quiero yo mismo....
¡sobre la faz del abismo
te mando retroceder!

EVANGÉLICA

Para Miss Edith Cavell, en la Eternidad.

I

Las lágrimas que, a sollozos, hemos vertido los humanos todos, al anuncio de tu inmolación, no han sido para tí, Eva ilustre, sino para la triste madre que dejaste huérfana.

II

Para tí: el respeto, la gratitud, la admiración de las naciones, por los siglos de los siglos.

III

Tú has salvado el honor de la especie, en esta hora catastrófica, en este momento de bestialismo desbordante, o en forma de crueldad y de codicia, o en forma de aturdimiento y cobardía.

IV

Tú has desarrollado en línea la batalla, como un táctico experto, las energías morales de tu segunda naturaleza, frente a frente de las energías instintivas de la naturaleza originaria.

V

Y tu alma no ha temblado, y tu corazón no ha precipitado sus latidos, y tu juicio no ha vacilado una sola vez, ni en el seno de la conflagración, ni en presencia de tus jueces.

VI

Tú has tremolado las páginas del Evangelio allí donde siempre debieron resplandecer como el ojo de Dios: más arriba de toda ley.

VII

Tú has desautorizado, con un solo gesto magnífico, las teorías regresivas, las habilidades de perro sabio, el científismo deshumanizante de las Universidades modernas.

VIII

Tú has hecho avanzar tus propósitos sobre los lomos de los instintos desencadenados, con la férrea voluntad de Jesús, deslizando su mansedumbre a lo largo de las olas embravecidas.

IX

Tú no fuiste a consultar ni con el lobo ni con la raposa,—al par de los sabios, los filósofos y los ilustres,—los rumbos a seguir, las determinaciones a tomar, la ubicación de tu Gólgota.

X

Lo mismo que la paloma no interroga al rinoceronte para desplegar sus alas, ò como el capullo de la rosa no toma lecciones, ni de las bestias ni de las plantas, para desabrochar sus pétalos: tú has sacado tu heroicidad de tu propio corazón.

XI

¡Oh sí: tú has dejado a tu corazón humano hacer su belleza humana, a la manera simplísima, al modo espontáneo con que los rosales hacen sus capullos y los capullos hacen su culminación de pétalos y de perfumes, en presencia de los astros!

XII

Tú no has reflexionado, tú no has pesado el pro y el contra, tú no has despertado a tu bestia en el silencio de la meditación, como los mercaderes y los estadistas.

XIII

Tú fuiste recta y veloz como una flecha, hacia donde te llamaba el dolor.

XIV

Cuando pueblos históricos, a pesar de su historia, no descubren, todavía, cuál es su lugar y cuál es su papel, en esta trágica solemnidad definitiva de la Historia Universal: tú has perfilado, ya, una página conmovedora de historia inglesa.

XV

Cuando la neutralidad se ha convertido en un *modus operandi* tan lucrativo, tan tenebrosamente lucrativo como la compraventa de los negros: tú has hecho de tu neutralidad, de tu intangibilidad de mujer, una cruz enorme.

VI

Cuando el capital, — hijo de la casualidad más que del ingenio, progenie del dolor ajeno más que del trabajo de sus poseedores, — mira caer en los campos atrincherados, — acuchilladas, asfixiadas, ametralladas, — generaciones enteras de hombres y espía como pasan, — sollozantes, semidesnudas, hambrientas, — las madres, las esposas, las hermanas, las prometidas y la prole infantil de aquellos mismos hombres, frío de espanto y trémulo de ansiedad, acurrucado como una alimaña perseguida, en los senos herméticos, inviolables, inadivinables de yo no sé qué antros: tú desparramaste los tesoros de tu altruismo, los raudales de tu caridad, sobre los propios y los extraños, como un rayo de sol.

XVII

Y cuando la prensa diaria, — que es el cuarto poder de los estados modernos, — la literatura, las artes, los sacerdotes, los diputados, los ministros, los príncipes reinantes se venden al oro del que más largamente lo derrocha en esta abominable subasta, en este naufragio de magestades y de valores convenidos; cuando los viejos próceres directivos no afirman en público, todavía, de parte de quien está la

justicia, porque no vislumbran del todo, todavía, sobre la testa de quién ha de fulgurar la victoria; cuando todo es animalidad egoista, bestia despavorida, — lo mismo en los ministerios que en los hogares, lo mismo en los bancos de crédito que en el fondo de los tugurios y de las minas; cuando el Sumo Pontífice del Vaticano, — coronado de todas las coronas como el Eterno y revestido de todas la blancuras como los lirios, — no ha declarado aun, terminantemente, categóricamente, desde su áureo trono milenario, si degollar a los niños es un crimen o un hecho de guerra, si se debe, o si no se debe, atar una piedra de molino al cuello de sus matadores y echarlos al mar; cuando la conturbación y el miedo y la venalidad envuelven a la tierra como un gas hediondo; cuando muchísimos hombres, sanos y fuertes, desearían haber nacido mujeres, para refugiarse en las lágrimas y las lamentaciones como las mujeres:

XVIII

Tú, estupenda inglesa; tú, heroica Edith; tú, admirable Miss Cavell, has ocupado sin vacilar, con la serenidad de una flor que se abre en el silencio nocturno, tu puesto de mujer histórica, de cristiana ilustre....

XIX

¡Y asististe a los heridos, y libertaste a los prisioneros, y caiste bajo la cuchilla de las leyes humanas, por no desobedecer las leyes de Dios!

XX

A pesar de las instituciones, de los códigos. de las ordenanzas, de las circunstancias ambientes, a pesar del patíbulo, tú has impuesto a la faz del mundo sobrecogido, el derecho inalienable, el derecho impostergable de amar a tu prójimo como a tí misma.

XXI

Tú has salvado el honor de la especie humana; tú eres el superhombre.

La Plata, Noviembre 11 de 1915.

LA CARIDAD

Ponte alguna vez, dentro de tu cliente, ¡oh poderoso patricio! y ya verás como son insoportables estas dos pesadumbres: la de tu dádiva y la de tu mano; muchos dan para ocultar sus porquerías a los ojos de la sociedad ¡ y hay que agradecer! Muchos para verificar su negocio; y hay que agradecer. Muchos lo que no es suyo; y hay que agradecer! Muchos lo que es de todos; y hay que agradecer ¡ Muchos, muchísimos, lo que les sobra; y hay que agradecer! No!....

Solo en un mundo muy injusto la desgracia debe pagar tributos a la felicidad! Roba, primero, antes de pedir, mi pobre chusma, si la misericordia no ha de ser más que una manera de engrandecerse los que ya son grandes, y, un modo de deprimirse más todavía, los que ya están deprimidos y tristes....

Pídeles solamente a aquellos que al dar, sienten una especie de alivio de conciencia, como si se creyeran responsables de los olvidos de Dios. Y sé mal agradecido todo lo que quieras y con todas tus fuerzas que la ingratitud ha sido inventada para envilecerte hasta lo

último. Que agradezcan los que puedan hacerlo con monedas que no sean de dignidad humana; tu no tienes otra moneda que esa. Trampea sí, a esa caridad que cobra intereses de usurero; que entrega pan duro para que le devuelvan diamantes ¡ que salva la bestia y esclaviza al hombre; que es el cuerpo blanco de tu dolor !......

No seas perro nunca !....

Un brindis a los aliados

Señores Ministros :

Señores :

La civilización actual no tiene realmente una patria determinada, aunque haya tenido sus orígenes en alguna de ellas. Después de haber sido prehistórica, de haber sido india, de haber sido egipcia, de haber sido griega, de haber sido romana, de haber sido europea.... la civilización es civilización humana.

Todos, hasta los moros de Africa, hasta los indios del Chaco, estamos contaminados con ella e interesados en su salvación.

El ansia de vivir una vida superior dentro de un ambiente sano, cómodo y bello, no es el anhelo de unos pocos, no es el privilegio de una raza, ni siquiera es el distintivo de una época de la historia, aunque así nos lo parezca.

La necesidad de mancomunarse para dominar a la naturaleza física, ha creado el instinto de asociación; y el instinto de asociación, para satisfacerse plenamente, ha determinado en el corazón, con otros infinitos, los sentimientos del derecho, de la justicia, de lo bue-

no y de lo bello, que son los cuatro rasgos característicos, las cuatro líneas arquetipales de la fisonomía humana.

Así pues: el derecho es una urgencia, una condición indispensable de la vida en común; porque es el único medio de vivirla sin peligros, sin zozobras diarias.

Y la vida en común, — desde la familiar hasta la internacional, — es una urgencia, un requisito absoluto de humanidad.

Un hombre solo, categóricamente solo, paseando su aburrimiento por un mundo deshabitado y silencioso, no sería un hombre; porque carecería de su complemento, que es el otro hombre. Y faltándole su complemento, — el otro hombre, — no tendría ocasión de ejercer o limitar derechos; no podría ser ni justo ni injusto, ni bueno ni malo, ni sabio ni ignorante: sería inferior a las palomas que pasaran en bandadas fraternales sobre su tristísima cabeza....; sería el único, tan deleznable como una pelusa de cardo, tan estéril como una piedra, tan doloroso y tétrico como Luzbel!

La fuerza bruta, el hecho más repulsivo a la solidaridad humana, podrán resolverse en derecho, andando los tiempos; pero nada más que como las heridas se resuelven en cicatrices y las cicatrices en timbres de abolengo. Se resuelven en derecho por la ley de la nivela-

ción, por la fatalidad del equilibrio, porque la vida colectiva así lo exije, porque Dios ha querido que las bestias se inclinen a la domesticidad por el declive del hambre, y los hombres a su perfeccionamiento por el camino de la tolerancia circundante, que es como decir: por el camino del perdón, por la carretera del olvido, por el carril de la ecuanimidad.

Así solamente la fuerza bruta se hace derecho, el acto injusto se hace principio de justicia, el desentono se hace armonía, la sombra se hace luz.

Aquel cordero miserando que perpetró el crimen horrendísimo de enturbiar con su imagen el agua corriente del señor lobo, no es una síntesis perfecta de la justicia de los hombres. Los hombres no quieren que así sea. Para que así no sea, venimos luchando con nosotros mismos, con la parte de bestia que hay en nosotros mismos, desde el fondo lejanísimo de la prehistoria, desde que por primera vez vimos al sol con ojos humanos, que es como si dijéramos: con ojos de investigador, de esteta y de moralista. Y porque así luchamos, y porque así bregamos por despojarnos de los instintos del bruto, y porque así queremos, con toda nuestra voluntad, sobreponernos al impulso frenético del zarpazo y la dentellada, Dios nos ama todavía y no aparta su faz resplandeciente de la melancólica faz humana.

Esa fulminación a los débiles y a los pequeños que enturbiaron el agua de los poderosos, estará dispuesta en el código penal de los abismos del Infierno; será la ley a los ojos de Satán; pero nunca jamás, a los ojos de Jesucristo, que vive, impera y manda sobre las naciones desde hace veinte siglos. Ser pequeño, ser débil, es comenzar a ser, y no puede constituir una tara irreductible, sino en las regiones subalternas de la fauna inferior, en el entrechoque borrascoso de los prostíbulos y de los presidios, en las encrucijadas pavorosas de los caminos de la selva.

Señores:

El horripilante «superhombre» del bilioso mentecato Federico Nieztche; la rozagante «bestia rubia» que imaginó, como un augurio y como una amenaza, su delirante cerebro; el formidable leviatán bíblico de que nos habla Job, por la boca de su desesperación y de su lepra; el señor lobo, hirsuto y feroz, de la fábula clásica, ha levantado su espantable cabeza, ha sacudido su rubicunda melena, ha circulado sus iracundos ojos sanguinolentos por el haz de los pueblos, ha lanzado a los ámbitos del espacio sus aterrantes bramidos, ha levantado su zarpa de hierro sobre todas las bellezas humanas, acumuladas en el espíritu, como un turbante de llamas a lo largo de los

tiempos. Pero todas esas bellezas,—armadas de su propia impalpabilidad, fuertes en su propia intangibilidad, inextinguibles, irreductibles, eternas, porque fueron sopladas por Dios en el corazón del hombre cuando lo hizo hombre, cuando quiso crearlo hombre y no un chacal sanguinario y estúpido;—pero todas esas bellezas, repito, se han levantado, también, —faz a faz de la regresión manicomial de un degenerado, pariente putativo del formidable Atila, como una bandada de águilas, como un ejército de arcángeles, como un Olimpo de divinidades injuriadas en su divinidad; y han de vencer para siempre jamás, a la superbestia amenazante, como han vencido a la naturaleza, como se han apropiado del universo, como han dominado al rayo, como han esclavizado al mar, como han sometido a los vientos, como han conquistado la región de las nubes, como han domesticado y embellecido y humanizado al lobo mismo, convirtiéndolo en compañero de los niños, en el conductor de los heridos, en el salvador de los náufragos, en el símbolo más expresivo de la lealtad y la sumisión.

Y alzo mi copa y rompo mi neutralidad en esta noche histórica de mi pobrísima vida, en honor de Bélgica, la maestra del heroismo; la que ha puesto su pequeñez de átomo frente a frente de la organización militar más gigan-

tesca que han conocido los hombres; la que no pide ni da cuartel, ni aun desposeída de su propio territorio, como un río que fuese río aun despojado de su lecho, como un astro que fuese astro aun desquiciado de su órbita, como una idea que es idea más allá de las circunstancias que la motivaron y del cerebro que la concibió; como la única vida humana colectiva, para quien no pudo ser escrita la desolante inscripción dantesca, porque espera siempre, porque cree siempre, porque vive siempre, porque es y será siempre, lo mismo que el amor, lo mismo que la solidaridad humana, lo mismo que Dios mismo, a pesar de los cataclismos de la naturaleza y de las catástrofes de la historia.

En honor de la Santa Rusia, cuyos grotescos, vagabundos, inteligentes hijos fecundan los campos de mi patria, vigorizan nuestro comercio, ponen elocuencia y hacen redención de los tristes en el seno de nuestros parlamentos; cuyo soberano sufrió las amarguras del ostracismo por amor a las ideas y a los moldes modernos; y propició como un padre del mundo, como un hermano de todos los hombres, el Congreso del Desarme y la Paz; en honor de la Santa Rusia, repito, nunca más santa que ahora mismo, porque padece hambre y sed y desangramientos y desolación, en nombre de la independencia, de los más pequeños, en

holocausto del equilibrio definitivo de las naciones, en beneficio de la democracia universal, en pro de la civilización.

En honor de la vieja Francia, la cuna del refinamiento y la elegancia, del saber vivir y el dejar hacer, tan bellamente filosóficos; la sede histórica de monarquías históricas y de repúblicas también históricas: la madre de Carlo Magno, de Enrique IV, de Luis XIV y de Napoleón I,—y la cuna de Thiers, de Gambetta y de Clemenceau; la redactora del Diccionario Enciclopédico, pleno de blasfemias horribles y de revelaciones salvadoras; la tierra de Voltaire el cínico y de Juan Jacobo el inimitable; de la Revolución; del 93; de la destrucción de la Bastilla; de la Convención Constituyente; de la Marsellesa, de la Declaración de los Derechos del Hombre,; la patria de Aetio, el que derrotó a los bárbaros de Atila, a las orillas del Marne hace ya 1500 años, y la patria de Joffre, el que venció a los descendientes de aquellos mismos bárbaros a las orillas del mismo río, hace apenas 365 días...; en honor de Francia, señores, la del finísimo, excelso, inagotable, deslumbrador espíritu!

En honor de Inglaterra, la del armonioso desarrollo físico, la del equilibrio integral; la del valor, la tenacidad, la prudencia y la inalterabilidad características; la madre de Bacon, de Shakespeare, de Milton, de Byron, de Dic-

kens y de Spencer; el imperio de lo incalculable como riqueza pública y como extensión geográfica, con sus enormes, remotos dominios y sus colonias tan poderosas y tan libérrimas como las más poderosas naciones; en honor de Inglaterra, señores, la del comercio estupendo; la que ha echado sobre mi patria, con la nobleza del Sol,—que no baja a la tierra sino en forma de luz y de color,—una red prodigiosa, tan apretada como una malla de acero, de ferrocarriles y de telégrafos; la de la flota mercante tan numerosa como las olas del mar, y de la flota de guerra tan formidable y tan hermosamente histórica, como si todas las escuadras del mundo le hubieran cedido sus barcos empavesados hasta los topes, con la gloria imperecedera de todos sus almirantes.

En honor de los japoneses, los enamorados del progreso, los rejuvenecedores del decrépito Oriente, los hijos inimitables del Sol que nace.

Y en honor de Italia, la del formidable, la del insaciable imperio Romano; la madre de César, de Pompeyo, de Catón, de Bruto y de Cicerón; la conquistadora de los Galos, de los Iberos y de los Britanos; la que absorbió a Grecia, arruinó a Cartago y destruyó a Jerusalém; la patria del Renacimiento, de las ciencias y de las artes; la que amamantó al Dante,

a Galileo, a Machiavelo, a Leonardo y a Miguel Angel; la inventora valerosa de su moderna pujante monarquía democrática, con su Garibaldi, su Cavour, su Mazzini y sus egregios cerebradores actuales: su Carducci y su D'Annunzio; la de las glorias artísticas que constituyen gloria universal, porque son gloria humana, como su Salvani, como su Zacconi, como su Grasso, como su Novelli. En honor de Italia, repito, por último, la reina del arte, la madre del derecho romano, la cuna cien veces bendita, cien veces histórica de la civilización que, si alguna vez fuese vencida, para castigo de los mórtales, dejaría al mundo en tinieblas.

Señores ministros: Por vuestros augustos soberanos, por vuestros admirables ejércitos; por vuestros sabios generales; por vuestros heroicos compatriotas; por vuestras madres, vuestras esposas y vuestros hijos; por los huérfanos de esta guerra, por sus heridos, sus prisioneros y sus muertos; por la victoria final, definitiva, terminante, categórica como la gloria del Sol.

He dicho.

INDICE

ÍNDICE

ALMAFUERTE

POESIAS COMPLETAS

CON UN ESTUDIO CRÍTICO DE

ALBERTO LASPLACES



MONTEVIDEO
LA BOLSA DE LOS LIBROS
SARANDI, 441
1917